

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN PROVINCIAS.

AÑO IV.—NUM. 989.
EDICION DE LA MAÑANA.

EN MADRID.

Jueves 11 de Marzo de 1858.

MADRID 11 DE MARZO.

Cada vez que leemos en los periódicos progresistas o de la *unión liberal* que sus hombres no aspiran al poder, que viven perfectamente en su retraimiento de la política, y que tienen bastante con llorar día y noche los desastres y la funesta ceguera de los moderados, se nos viene a la memoria, sin querer, la abnegación de la zorra de la fábula, que no quería comer en agraz las uvas que se hallaban fuera del alcance de sus garras. Es cosa deleznable ver los escrúpulos que hacen nuestros adversarios y oír las jocosidades que se les ocurren a propósito de su posible entrada en el gobierno. Parece como que quieren vengarse de lo que han sufrido durante el mando del partido moderado, negándose a descargarse a este del peso abrumador del poder que ya no pueden resistir y que desean resignar a todo trance.

Mal se venían, sin embargo, esos dengues y esos escrúpulos para empujar las riendas del gobierno, con los desahucios esfuerzos que han hecho hasta hoy por llegar a coger las uvas verdes. Tampoco se comprende muy bien que de creten los funerales del partido moderado, y den por rota y aniquilada la unión de todas sus facciones, la consabida *liga* que es su pesadilla eterna, al mismo tiempo que redoblan contra ella sus ataques, con un vigor, con una homogeneidad, con una saña y con un despecho impropios de las circunstancias respectivas de la *liga* y de sus detractores. Los muertos tienen derecho a la generosidad y al perdón de los vivos, y es censurable en gran manera que se insulten sus helados restos y se proscriba su memoria. Esto es una especie de impiedad de que la severa historia pedirá cuenta a los que la cometen. Queda para el inolvidable señor Pidal eso de dar el golpe de gracia al enemigo caído: la escuela del actual embajador de Roma no debe ser imitada sino por aquellos que aspiren a conquistar la triste celebridad que ha alcanzado el mas popular de todos los diplomáticos nacionales y extranjeros.

Pero se nos antoja que no debe andar tan mal parada la *liga* como suponen nuestros adversarios, y con permiso de estos, preferimos creer que la unión del partido moderado está completamente asegurada, antes que hacer a los progresistas y vicalvaristas el agravio de suponer que se ensañan con los cadáveres. El partido moderado, en la forma en que hoy se halla constituido, debe, en efecto, inspirar serias inquietudes a los que fiaban en la desunión de sus elementos para suplantarle en el gobierno. El partido moderado es hoy mas que nunca atacado por progresistas y vicalvaristas, porque se presenta fuerte, unido, compacto y lleno de fe, en la arena política, a mantener sus principios, oponiéndolos, en ventajosa competencia, a los principios del progresismo y a las tendencias de la unión liberal. Mientras vivió fraccionado por disidencias, siempre de forma o de conducta, pero que no afectaban en gran manera a la esencia de sus doctrinas, sus enemigos naturales templanaron la crueldad de su oposición, creyendo que de este modo el partido conservador se entregaría a una ciega confianza, y que sus diversas facciones irían poco a poco aumentando la distancia y profundizando la línea divisoria que las separaba entre sí, hasta despedazarse mutuamente en luchas intestinas, facilitando el triunfo a sus adversarios, sin esfuerzo ni violencia. *Divide et impera* era la divisa de estos, y con tal sistema creían, no sin fundamento, que servían mejor a sus intereses que haciendo una guerra franca, abierta y decidida. Por fortuna, las facciones del partido moderado comprendieron el peligro que amenazaba a este si continuaban sumidas en sus lamentables divergencias; pensaron en conjurar este peligro y en hacer frente a los que pudieran surgir de nuevo; el pensamiento de unión brotó espontáneamente en sus filas, y bien pronto lo que solo se presentaba como un deseo laudable, pero de difícil realización, pasó a ser un hecho práctico y positivo: la unión se efectuó sin contrariedades, sin violencia, sin estrepito, sin humillación para ninguna de las parcialidades que entraban a constituir. Desde aquel momento, las hostilidades del partido progresista y del grupo de la unión liberal, que estaban como suspendidas, volvieron a comenzar, pero con mayor fuerza, con mayor coraje y encarnizamiento que en ninguna época, y lejos de aflojar, cada día cobran mayores bríos. La razón de esto es muy fácil de comprender, según hemos dicho: la unión moderada les ha quitado toda esperanza de triunfo, y es necesario hacer esfuerzos sobrehumanos para romper esa unidad, que asegura por siempre indefinido la preponderancia de los principios moderados en la política y en el gobierno de nuestro país. La unión resiste y resistirá a todos los ataques, y he aquí por qué es preciso apelar a todos los medios y armar con gran imperturbabilidad que la *liga* se ha deshecho, aunque nadie lo crea, teniendo testimonios en contrario.

Comprendemos bien el despecho de nuestros adversarios: la *liga* adquiere cada día mejores

condiciones de robustez, se hace mas sólida y aleja todo temor de que lleguen a preponderar las doctrinas progresistas o vicalvaristas.

F. M. Redondo.

La sesión que tuvo lugar ayer en el Congreso ofrece grande interés para nuestros lectores y para el país en general, por haber tomado parte en ella oradores de grande importancia, que han correspondido en esta ocasión a las esperanzas que de su aptitud y relevantes dotes teníamos todos concebidas.

Pero si bajo este punto de vista fué importante la sesión de ayer, no lo fué para el asunto que estaba a discusión, del cual apenas se ocuparon los oradores que en ella tomaron parte, con harlo sentimiento de todos los que se interesan por que el régimen representativo se consolide en España, haciéndose fecundo por la práctica de su doctrina.

Desde el día anterior se esperaban por todos con impaciencia los últimos debates del Congreso, porque desde el día anterior se sabía que el señor Gonzalez Brabo tomaría en ellos parte. Por esta razón las tribunas se hallaban al abrirse la sesión pobladas de gente, así como los bancos de los señores diputados, que esperaban sin duda, con la misma impaciencia que el público, la peroración del distinguido orador que hemos mencionado.

Después del despacho ordinario, obtuvo la palabra en pró del dictamen de la comisión su señoría, empezando su discurso por contestar al señor Gonzalez de la Vega, que en la sesión anterior había dicho que el partido moderado profesaba la doctrina de cobrar los impuestos por medio de autorizaciones, contra lo terminantemente mandado en la Constitución del Estado. El señor Gonzalez Brabo observó muy oportunamente al diputado progresista, que nuestros principios no consignaban este hecho, y que si en muchas ocasiones nuestro partido ha hecho uso de las autorizaciones, ha sido obligado por la necesidad de las circunstancias, que se han sobrepujado a sus sinceros deseos de hacer que los presupuestos generales se sancionen por medio de una discusión amplia y detallada. El partido moderado, lo mismo que el partido progresista y que todos los partidos legales, viven dentro, y no puede menos de suceder así, de la ley, y si alguna vez prescinden de ella, no es porque su credo lo consigne así, sino porque las circunstancias, que en muchas ocasiones son superiores, se sobreponen a sus deseos.

Hizose cargo a continuación S. S., de lo que en la sesión anterior había espuesto el señor Lasso de la Vega acerca de si existían o no votos de confianza o de censura en los Parlamentos, probando lo contrario de lo que aquel señor diputado había aducido; es decir, que dentro de las Cámaras no solo existen esos votos de confianza y de censura, sino que deben existir y ser fecundos en resultados provechosos, como en diversas ocasiones lo han sido.

La agrupación de muchos hombres da vida y calor a una idea, que viene a resolverse después en una fórmula política, diversa de la fórmula que, producto de otra agrupación diversa, rige los destinos de un país. Esas dos fórmulas distintas, crean distintos intereses, diversas aspiraciones, que vienen a traducirse después por medio de los votos, que son la decisión legal en las contiendas políticas.

Esa diversidad en las fórmulas, que existe desde el origen de la idea, hace diverger, desde su origen tambien, a los hombres políticos, dentro y fuera de los Parlamentos; esa diversidad, en fin, justifica la existencia de esos votos de confianza o de censura que el señor Lasso de la Vega no comprendía, y que está, sin embargo, como decía el señor Gonzalez Brabo, en el sentido comun.

Después de contestar S. S. de la manera que dejamos indicada a los oradores a que nos hemos referido, entró de lleno en el examen de la cuestión que se proponía resolver, sentando por base de su bello y razonado discurso la siguiente apreciación. El gobierno actual ha confundido su situación pidiendo a la Cámara un voto de confianza sobre una cuestión que es puramente de conveniencia. Y no puede ser cuestión de confianza la que va a resolverse, según la opinión del señor Gonzalez Brabo, porque el ministerio no tiene la suficiente importancia para condensar sobre sí el interés general de su partido. Como cuestión de conveniencia, debe votarse con el gobierno; como cuestión de confianza, S. S. cree que el actual gabinete no inspira hoy, por la fuerza de las circunstancias, superiores a la voluntad y reputación de los ministros, la suficiente para que la situación se resuelva por completo. Para el señor Gonzalez Brabo hay ministerios que representan la opinión del país y de su partido, y ministerios que, por mas dignos que sean, no son bastantes a representar esa misma opinión de su país y de su partido, o mejor dicho, ministerios que dominan una situación, y ministerios que son dominados por ella. De estos últimos es, según la opinión de S. S., el que preside el señor Isturiz; de estos eran casi todos los ministerios que se su-

cedieron durante la guerra civil, y de estos, por último, fué aquel de que compuso parte el señor Gonzalez Brabo.

La situación, en los primeros, no estaba en Madrid ni en las Cortes, sino en las márgenes del Ebro, en las pintorescas provincias vascongadas y en todos aquellos puntos, en fin, en que el estampido del cañon anunciaba que había una cuestión pendiente que se resolvería solo por la fuerza de las armas.

La situación, en el actual, no está dentro de sí mismo, sino en la opinión pública y en los sucesos que señalan el término de una solución fuera de los actuales consejeros de la corona.

No estando, pues, condensada la situación en estos ministerios, por la sola fuerza de los acontecimientos, no sería conveniente y menos que conveniente posible, darles un voto de confianza, siempre decisivo, que por otra parte sería ineficaz para resolver la cuestión. El señor Gonzalez Brabo reconoce, sin embargo, que estos gabinetes, constituidos en esta forma, no son menos dignos de aprecio público que aquellos que reasumen en sí toda la importancia, y que pueden prestar tan eminentes servicios y adquirirse títulos de gloria, consideración y aprecio. Para probarlo citó su señoría el ministerio de que él formó parte, que se vanagloria de haber servido de puente para que por él pasara una noble y veneranda monarquía de quince siglos.

En una palabra, el ministerio Isturiz es, para S. S., un ministerio de *transición y transacción*, digno por todos conceptos, como lo fué el suyo, y como lo fueron todos los que aconsejaron a S. M. durante la guerra civil, de la consideración y aprecio públicos. Antes de pasar a examinar el final de su discurso, creemos oportuno hacer mención de la réplica elevada y digna que el señor ministro de Gracia y Justicia dió a las apreciaciones, un tanto exageradas, del señor Gonzalez Brabo. Nosotros, dijo, seamos o no un ministerio de transición, trabajamos y trabajaremos incesantemente porque el partido moderado se vigore y fortalezca por medio de la unión de todos sus miembros. ¡Ojalá, añadió el señor Fernandez de la Hoz, podamos decir algun día: nosotros cumplimos en el poder la misión, noble sin duda, de unir a todos los miembros importantes de nuestro partido!

Esto, que para nosotros es en la actualidad algo mas que un deseo, dá al gabinete actual el derecho de poder ser el genuino representante de la situación.

La segunda parte del discurso del señor Gonzalez Brabo, es la historia de los sucesos políticos ocurridos después de la desaparición del ministerio del señor duque de Valencia, y especialmente una cumplida explicación de lo que debe significar para todos la votación para la presidencia de la Cámara.

La elección del señor Bravo Murillo para este alto puesto, no significaba, según S. S., el deseo, en los que le votaron, del planteamiento de la reforma de 1832, sino mas bien la protesta, la negación de un sistema que se iba derecho a los hombres de Vicalvaro, a los cuales no podía unirse de modo alguno un partido que tiene sus principios y sus hombres, y su historia y sus adeptos.

Con este motivo, al hablar de los sucesos que tuvieron lugar, después de aquella célebre votación, en la regía cámara, siendo aun poder el señor Armero, rechazó enérgicamente las versiones que se han hecho acerca de la dimisión de aquel ministerio, y concluyó con esta bella frase, digna de su elocuencia y de su amor al trono: *Los reyes constitucionales son los representantes del bien, y los ministros los responsables del mal*; palabras encaminadas a acallar las funestas habillitas que se propagan diariamente.

El señor Gonzalez Brabo terminó su discurso diciendo, que la palabra *confianza* puesta a discusión en estos días era un sarcasmo y la antítesis de lo que todos los señores diputados desean, opinión que nos pareció bastante aventurada y espuesta sobre todo en palabras algun tanto duras, que ocasionaron la réplica del señor ministro de Gracia y Justicia, de la cual ya hemos hablado, y que produjeron un nuevo é inesperado incidente.

Después de terminar su discurso el señor Fernandez de la Hoz, obtuvo de nuevo la palabra para rectificar el señor Gonzalez Brabo, que fué llamado a la cuestión por el señor presidente por haber entrado en el fondo de ella su señoría.

Este llamamiento produjo mal efecto en el orador y en las tribunas, que pidieron siguiese en el uso de la palabra, a lo cual se opuso enérgicamente el señor Bravo Murillo llamando al orden a todos y dando una prueba de que se sienta muy dignamente en el sillón presidencial. Merced al acierto y entereza de S. S. y a la mesura del señor Gonzalez Brabo, que conoció en el acto la justicia de la observación que le había sido dirigida, terminó este incidente, haciendo uso de la palabra a continuación el señor Isturiz, que espuso en un breve discurso las mismas razones que ya había espuesto el señor ministro de Gracia y Justicia.

Después de una caballerosa rectificación del señor Gonzalez Brabo, encaminada a manifestar que no había sido su ánimo ofender en manera

alguna, ni menoscabar la respetabilidad del señor Isturiz, obtuvo la palabra en contra del dictamen de la comisión el señor Canga Argüelles, joven de grandes disposiciones para el parlamentarismo y a quien nos duele sinceramente verle formar, con desdoro de su juventud y talento, en las filas del partido absolutista.

El discurso de S. S., que quedó cortado ayer por falta de tiempo, es una nueva edición de los que en otras ocasiones le hemos oído. Su tendencia iba entonces encaminada, como ya ahora, a persuadirnos de los desastres que trae consigo la escuela liberal con su *parlamentarismo* y con su *prensa*, ese parlamentarismo que nos ha revelado todo lo que vale S. S., y esa prensa por medio de la cual llevará a todos los pueblos de España, y aun del mundo, sus discursos, que serán recibidos con aplauso por los pocos hombres que profesan su fé política.

Cuanto dijo el señor Canga Argüelles está comprendido en esta fórmula:

El liberalismo es el mal de la sociedad; el absolutismo la suprema felicidad de las naciones.

Lo repetimos sinceramente: duélenos ver al señor Canga Argüelles, joven acreditado por el parlamentarismo y por la prensa, anatematizar la prensa y el parlamentarismo.

Hoy continuarán los debates pendientes sobre la autorización para plantear los presupuestos, continuando en el uso de la palabra el señor Canga Argüelles.

J. Gomez Diez.

Hubo una publicación que por haber leído mal, o no haber leído ni mal ni bien, nuestro artículo del martes, nos colgó el milagro de que temíamos la desaparición del actual gabinete, y su reemplazo por un ministerio de la unión liberal. Esto ha bastado para que el *Diario Español* acija con los brazos abiertos semejante noticia, dándola como de su cosecha. No es eso, querido colega; no hemos dicho semejante cosa ni manifestado semejantes temores. Ya en el número de ayer rectificamos la equivocación en que incurrimos, al dar cuenta de nuestro artículo, la *Correspondencia* autógrafo: nada tenemos que añadir, sino que no creemos probable ni posible siquiera, políticamente hablando, la subida al poder de los hombres de la unión liberal; pero si, contra todos los cálculos y probabilidades, ocurriera este acontecimiento, que no dudamos en calificar de *funesto*, no seríamos nosotros de los que *temieran* a la nueva situación: la combatiríamos, si no era francamente conservadora, con el mismo miedo con que combatimos al gabinete de los amigos de *El Diario*. A nosotros no nos asusta la unión liberal.

Parece positivo que la falange neo-católica del Senado se propone combatir enérgicamente en la alta Cámara el sistema de las autorizaciones, considerándolo contrario a la Constitución del Estado. Es mucho el constitucionalismo de los neo-católicos, cuyo mayor deseo sería borrar de la memoria de todos hasta la palabra *Constitución*. No deja de ser tambien notable la lógica de esos señores: si se entabla una amplia discusión sobre una cuestión cualquiera, dicen que el parlamentarismo hace perder un tiempo precioso en *largas y estériles polémicas*; si no se discute, gritan que eso no es sistema representativo, que la Constitución no consiente tales *corrucciones*, etc., etc.—Es mucha, volvemos a decir, la lógica y es mucho el constitucionalismo de los neo-católicos.

Anteayer a las ocho de la noche S. M. la Reina nuestra señora, acompañada del Excmo. señor primer secretario de Estado y de los altos funcionarios de la real casa, se dignó recibir en audiencia particular al señor conde D. Luis Grifeo, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el rey de las Dos-Sicilias.

Anunciado previamente por el señor introductor de embajadores, y al tener la honra de poner en manos de S. M. la carta que acredita su espresado carácter diplomático en esta corte, el señor conde Grifeo, dirigió a S. M. el siguiente discurso:

«Señora: El rey, mi augusto soberano, al concederme la inapreciable honra de que le represente en calidad de su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en esta corte, me ha encargado manifieste a V. M. los vivos deseos que le animan de mantener y aumentar aun mas, si cabe, las relaciones de reciproca amistad y buena inteligencia que con tan fundados motivos existen entre ambas coronas.

Los estrechos vínculos de parentesco que unen a V. M. y al rey, mi señor, hacen que me considere doblemente dichoso al ser intérprete de los sentimientos de mi augusto soberano, y que ponga desde hoy todo mi empeño y anhelo en merecer constantemente la alta benevolencia que V. M. se dignará sin duda dispensarme.»

Y S. M. se dignó contestar:

«Señor ministro: Son para mí en extremo satisfactorios los sentimientos que en nombre de S. M. el rey de las Dos-Sicilias, mi querido tío, me habéis espuesto al entregarme la carta que os acredita en calidad de su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en esta corte.

Estrechar y fomentar las antiguas relaciones de amistad que felizmente unen a nuestros res-

pectivos pueblos, ha sido y será el mayor anhelo de mi corazón. Creo que a ello contribuirán en gran manera los vínculos de cercano parentesco que existen entre nuestras familias reales.

Cooperando al logro de tan interesante objeto, podéis contar, señor ministro, con mi benevolencia y con el franco apoyo de mi gobierno.»

Acto continuo el representante de S. M. siciliana presentó a S. M. la Reina al conde don Esteban Sammartino, secretario de la legación, pasando en seguida al cuarto de S. M. el Rey, que se dignó recibirlos con su acostumbrada bondad.

Podemos asegurar, dice *La Epoca*, que el gobierno considera viable desde luego la sección de Almansa a Alicante; que la compañía propietaria está colocando ya el personal que necesitan la vía y estaciones nuevas, y que han corrido las órdenes para que comience el nuevo servicio desde el lunes 15.

Es muy posible que S. M. la Reina asista a la inauguración.

Ha llegado a Madrid, de Valencia, el señor don Luis Mayans.

En breve parece que regresará el general Prim, para presentar su acta al Congreso.

El ministro inglés lord Stanley, en un discurso muy animado en favor del derecho de asilo, y de los refugiados fieles a sus convicciones políticas, declaró que el ministerio inglés no había tomado sobre sí ninguna clase de compromiso respecto al bill de lord Palmerston, y que no había para que ocuparse de él, y que antes de examinar si las leyes de Inglaterra debían modificarse, esperar que el proceso pendiente haya demostrado que ellas son insuficientes bajo el punto de vista de la represión del crimen.

A consecuencia de una larga reunion celebrada el lunes por la sección de Fomento de la comisión general de presupuestos, a la cual asistieron los directores generales de instrucción y obras públicas, se habla de arreglos muy próximos a verificarse en el ministerio de aquel ramo.

Las cartas de Paris siguen dando importancia y crédito a la noticia que hace tiempo corre de que en el pensamiento del gobierno francés entra la formación de una confederación social y monárquica que no deje a los conspiradores políticos terreno alguno donde urdir sus planes, ni esperanza de que por medio de un regicidio se subvierta el orden en Europa.

Hace algunos dias ha sido agraciado con la cruz de Isabel la Católica, don Manuel Rivadeneyra, editor de la Biblioteca de autores españoles.

La importancia de esta coleccion, una de las mas notables de Europa, y la constancia y acierto con que la lleva a cabo, le hacen indudablemente acreedor a estas y a mas altas distinciones.

A propósito del relevo del actual embajador de Francia en esta corte, de que ha hablado la *Correspondencia*, dice *La España*:

«Al ver cómo se espresa la *Correspondencia*, se nos figura que ahora va de veras. En cuanto a lo de que la marcha del señor marqués Turgot no influirá en el modo con que Francia considera los asuntos de España, creemos que debe importarnos tanto menos, cuanto que por nuestra parte no consideramos al señor marqués como grande autoridad en la materia. Sin embargo, malo será que su relevo no signifique alguna modificación en la política exterior de Francia, pues es casi de rigor que un mismo hombre no sirva para sostener una tras otra dos cosas distintas. ¿Quién sabe si el señor marqués Turgot habrá desplegado demasiado celo?

En todo caso nos alegraremos de que el emperador premie los buenos servicios del decano de los representantes de Francia, que es como califica la *Correspondencia* al marqués Turgot, suponiendo que lo haga en el concepto de la edad, pues como diplomático es si no estamos equivocados, bastante moderno.»

Dice el mismo periódico:

«Ha vuelto a salir a luz la cuestión del relevo del general Concha, designándose para reemplazarle a los generales conde de Miraflores y marqués de Navaliches. No creemos que por ahora tengan estos rumores el menor fundamento.»

He aquí cómo juzga *La Discusión* a la unión liberal, con motivo de una especie de programa de gobierno que ha dado *La Epoca* en uno de sus últimos números:

«Partido mas acomodaticio que el de la unión liberal puede fácilmente darse. El acta adicional pertenecía ya para sus doce hombres de corazón, a la historia. Hoy no solo aceptan la Constitución de 1845, sino la reformada en 1857. Hombres eminentemente conservadores están dispuestos a conservar lo que existe. Se contentarán con reformar las leyes orgánicas. A juzgar por lo que dicen hoy, seguros estamos de que aceptarían hasta la reforma de Bravo Murillo si estuviera realizada. Ser gobierno: hé aquí, en último resultado, todas las aspiraciones y todos los principios de los doce hombres. Esperamos algo mas de ellos. Acaban de hacer con su programa, poco menos que

imposible, la unión que defendían. ¡Que haya tan poco alcance en nuestros hombres políticos!

Escribe el mismo periódico:

«Se dice, aunque ignoramos el fundamento que pueda tener la noticia, que han ocurrido serias desavenencias entre el capitán general y el auditor de guerra de Cuba, de cuyas resultas se ha obligado al último a salir de la capital, lo que debe haber verificado ya a estas horas. La causa de estas desavenencias es un misterio que solo puede aclarar el tiempo.»

Copiamos de la Correspondencia autógrafa:

«La ley electoral que algunos periódicos han supuesto olvidada por el gobierno, se encuentra ya concluida y pronta para ser presentada a las Cortes en cuanto terminen los debates sobre la legislación.»

«Por la dirección general del tesoro se ha abierto una negociación garantizada por el Banco de España, sobre las cajas de la Habana por valor de 37,000,000 de reales, con el interés de 6 por 100. A esto se reduce la operación de 60 millones hecha con el Banco de que han hablado El Clamor Público y otros periódicos a un interés y el más exorbitante conocido. La negociación la ha propuesto el gobierno de S. M. de un modo en realidad tan beneficioso para el tesoro, que es muy dudoso que pueda completarse al tipo fijado, al que no se añade hoy las comisiones y otros adelantos que se han acostumbrado en otras ocasiones.»

Nuevas noticias de Méjico dicen que los demagogos que están en Guanajuato con su presidente indio Juárez, han nombrado un ministerio compuesto de Arriaga, Lerdo, Ocampo y Prieto, hombres todos de lo más exaltados, republicanos de lo más rojo.

He aquí la lista de los individuos que forman la junta de representantes en Méjico, y componen el consejo constituido por Zuloaga en la capital de la república:

«Aguas calientes, don Pedro Echavarría. Coahuila, don Juan Vertiz. Chihuahua, don Manuel Larrazola. California, don Manuel Fernández Córdoba. Colima, don Juan Rodríguez de San Miguel. Coahuila, general Luis G. Osorio. Durango, don Guadalupe Arriola. Distrito, don Luis G. Cuevas. Guerrero, don José Mariano Campos. Guanajuato, licenciado don Mariano Moreta. Yucatán, don José Miguel Arroyo. Jalisco, general José de la Parra. Michoacán, don Antonio Morán. Méjico, don Luis G. Chavarría. Nuevo León, general Ignacio M. y Villamil. Oajaca, don Manuel Regules. Puebla, don Francisco J. Miranda. Querétaro, ilustrísimo señor obispo de Tenagra. San Luis de Potosí, don José María Rincón Gallardo. Sonora, don Pedro Jorjón. Sinaloa, don José Joaquín Pesado. Veracruz, don Bernardo Cotto. Tlaxcala, don Gregorio Mier y Terán. Tamaulipas, don Hilario Figueroa. Zacatecas, don José Ignacio Pavón. Isla del Carmen, don Felipe Rodríguez. Sierra Gorda, don Juan B. Ormaechea.»

Como ya ha dado El Clamor Público la noticia de que se está arreglando una operación de 50 a 60 millones de reales de libranzas sobre Ultramar con garantía del banco de España, y manifestado que estas operaciones son las más ruinosas que puedan hacerse por el tesoro para reunir fondos, dice muy oportunamente nuestro colega La España:

«No tenemos tiempo para examinar ahora los contratos de anticipos de fondos hechos por los progresistas en el consabido banco; pero sí recordamos perfectamente el realizado con el señor Wells-Willmer en libranzas sobre Filipinas, contratos que sobrepasaban mucho a cuanto de más ruinoso y desastrosal se ha podido hacer en esta materia en todo el presente siglo.»

Y qué, ¿se ha olvidado el público, por ventura, de las negociaciones del tiempo del señor Madoz y de los resultados que produjeron al tesoro?

Por lo demás, ignoramos lo que pueda haber de cierto en la noticia de que había El Clamor.

Las noticias más interesantes que sobre los regicidas publican los diarios de París, son las siguientes:

«Todavía no se ha fijado el día en que los autores del grande atentado hayan de espár públicamente su crimen.»

La población de París muestra una curiosidad febril por ver el fin de este trágico episodio político.

En una multitud de talleres se han ofrecido voluntariamente muchos operarios a montar una guardia perpetua, día y noche, a las inmediaciones de la prisión en donde se hallan los delincuentes, para espíar los preparativos del fin de este drama sangriento, y avisar a sus compañeros.

Como los sentenciados han sido trasladados a la prisión de la Roquette, y es en esta plaza en donde generalmente se hacen ahora las ejecuciones, se cree que el cadáver será montado delante de la prisión misma, de modo que los desgraciados pacientes no tendrán más que dar algunos pasos desde sus calabozos al lugar del suplicio, para entrar en el largo e interminable camino de la eternidad.

La actitud de estos desgraciados continúa siendo la misma que en el anterior día. Orsini conserva su calma y aire digno; Pierri continúa loco y exaltado, y Rudio se muestra muy abatido. Estos dos últimos pidiéron que viniese el capellán del establecimiento, cuando después de haber estado largo rato con ellos, fue a ver a Orsini, aunque este no le había llamado, y recibió muy bien, continuando unos y otros desde entonces escuchando (con docilidad y resignación las exhortaciones religiosas, y preparándose, cristiana y dignamente, a la muerte.)

Orsini y sus cómplices asistieron el 29 de febrero al oficio divino en la cárcel. El rumor, según el cual Orsini iba a ser objeto de una medida de clemencia por parte de S. M., parece que ha perdido mucha consistencia; las conjeturas, pues hasta ahora no hay otra cosa que emitir sobre este asunto, son acerca de un alivio en la suerte de Rudio. Una memoria sobre la situación respectiva de los reos ha debido ser sometida a la apreciación de S. M. por el guardasellos.

En una carta escrita desde París a El Sanin, con fecha 3, hallamos el siguiente párrafo:

«El recurso de casación, propuesto en nombre de los reos del complot, no se verá probablemente hasta la semana próxima. Se confirma lo que he dicho a Vds.

en la última: la emperatriz ha pedido la conmutación de la pena para los cuatro acusados, hasta ahora indultados. El emperador, que había tratado al padre de Orsini, se muestra benévolo, pero las circunstancias acallan este sentimiento. Es probable que Rudio obtenga la conmutación. Sobre el recurso discuten largamente los abogados, la sentencia tiene un vicio esencial que no indicio, porque la han de ver Vds. consignado en las defensas.»

Dice El Parlamento:

«Tres artículos publica ayer El Diario Español, además de la acostumbrada reseña de la sesión del Congreso. El primero dirigido contra El Occidente, el segundo contra La España, y el tercero contra El Parlamento. La armonía en que el órgano de la falange monárquica vive con los periódicos moderados y la singular benevolencia con que los honra, son verdaderamente edificantes. Con razón dicen algunos que no hay tan encarnizado enemigo de la constitución conservadora como El Diario Español.»

Dice la Correspondencia:

«El Monte-pío universal debe estar muy satisfecho del rápido y fabuloso aumento que de día en día se observa en sus beneficios y acreditada sociedad. Ayer 9 tenía en su registro 5,773 pólizas cuyo capital ascendía a rs. vn. 31,043,120; y depositados en el Banco de España 11,920,000. A fines del año anterior, llevando solo once meses de funcionar, obtuvo 3,273 pólizas por valor de rs. vn. 17,155,450; en los meses de enero y febrero ha tenido 1,949 suscriptores y un capital de rs. vn. 10,819,840; en los 9 días de este mes cuenta con 551 pólizas registradas y rs. 5,475,400 de capital. Veámos que en los pocos días que van de este año ascienden a 2,500 las pólizas registradas, y a 15,325,240 rs. las imposiciones. Es casi infalible que debe prometerse un desarrollo cada vez mayor, que ha sabido convencer de las ventajas y garantías que ofrece, y que toda persona que desee procurar el aumento de sus fondos en favor suyo o de persona que le sean queridas, acudirá a depositarlos allí, seguro del mejor resultado.»

ATENTADO CONTRA LUIS NAPOLEON.

TRIBUNAL CRIMINAL DEL SENADO.

Audiencia del día 26 de febrero. (1)

En este momento aparece una nueva figura, un nuevo conspirador, Rudio. Este hombre, italiano también, nacido en Belluno, fué, y no lo niega, un prosélito de Mazzini. Siguió largo tiempo su causa; pero después, contando con el reconocimiento de un nuevo jefe, quiso seguir la bandera de Orsini.

Rudio pertenece a una familia perseguida por la desgracia, y de la cual no queremos hablar más; solo diremos que él observó tal conducta, que fué reprochada por su familia. Había hecho circular el rumor de su muerte, y su familia triste ilusión solo supo por este proceso que Rudio vivía, aun, y que tenía uno de sus miembros señalado en el banco de los asesinos.

Desde esta fecha es cuando vemos intervenir el nombre de Carloti, no un refugiado, sino un malhechor; se dejó pensar acerca de lo que son los hombres deshonrados, a vosotros que vais aquí, en este banco, a los que se llaman honrados.

Carloti y Rudio se desesperaban, se mostraban impacientes; también Orsini responde a Rudio que pronto oír hablar de otra cosa; esto era en 1857.

Encontramos ahora en Londres un último personaje: Antonio Gomez, que nació en Nápoles, y tiene 29 años.

De su vida sabemos poco. Soldado, no busca batirse; prefiere la enfermería a los campos de batalla; después, para no oír el fuego, se deserta, abandona la Italia, viene a Marsella, donde es condenado a seis meses de prisión por abuso de confianza, pues había vendido mercancías que le habían sido confiadas.

En junio de 1857 va a Inglaterra a ver a Pierri, quien le aconseja y le da dinero y recomendaciones. Pierri ha dicho que dió a todos los refugiados indistintamente carta de recomendación; si, pero todos los miraban como su jefe. Gomez está, pues, en relación con Pierri y Orsini, acepta el dinero, de estos jefes de conspiración; pero un día se le ve salir del despacho de un oficial de policía, se le envía a Birmingham bajo la vigilancia de Pierri.

Allí protesta de su fidelidad, de su patriotismo, y después de haber purgado su cuarentena, parte con Pierri para Francia. Orsini había marchado ya; había comprado en Bélgica un caballo que había pedido que estuviese acostumbrado a oír los tiros.

Un tal Zeguers, de quien no habíamos oído nada, y que es un personaje insignificante en este proceso, fué el encargado de llevar las bombas y el caballo. Sabéis lo que hacía Orsini en París?... Salía diariamente a caballo, buscaba cómo encontrar al emperador, le seguía, se aproximaba a él cuanto podía, estudiaba sus costumbres, y entraba en su casa diciéndole: «¡No tiene miedo! ¡Yo y el caballo!»

Y no había tenido en esto más objeto que convencer a un hombre de corazon! ¡Cómo! ¡No tiene miedo! Se confía a la fe pública! Y el espíritu de partido se cegará hasta el punto de no conocerlos por esa confianza y ese valor!

¡Cómo! vuestra mano habrá caído tocado la suya, y pagaréis con el asesinato esta generosa hospitalidad de la Francia, y sin tener en cuenta tanto valor, tanta confianza, tanto abandono, persistís en espíar el momento favorable para matar, en medio de sus súbditos atemorizados, a ese noble jefe de una gran nación. Este hombre, habéis dicho, me pertenece, porque no tiene miedo.

Pierri y Gomez, después del 6 de enero, parten para venir a París. Pasan por Londres, y allí encuentran a Bernard.

Bernard, en efecto, está allí siempre, está en todas partes, excepto donde hay peligro; penetra en la habitación de Orsini; hay sobre la chimenea una bomba, una sola, que no tiene chimenea. Bernard da a Rudio un pasaporte falso con el nombre Swiney, y esta parte con Pierri el 7 de madrugada, llega a Lila, y allí Pierri abandona a Rudio y se va a Bruselas.

¿Por qué esto es lo que no sabemos, y es lo que hubiéramos querido saber. Lo que hay de cierto es que vivió a la mujer Hardman. Lo que le dijo vos lo sabéis. Buscó cómo combatir la declaración de esa mujer, y dijo que menta.

Pero esta, con quien vivía en la mayor intimidad, esa mujer a quien quería, según decía, llevar a Inglaterra, ¿qué interés tenía en perderle, a qué habría de mentar?

El día que estaba metido en una gran imprenta, en la cual dejaba que la cabeza, y para producir

una impresión más profunda, hizo un signo que no quiero reproducir, ¡que le fuera reproducir delante de vosotros! La dijo: «¡Si salgo vivo, volveré, y mis negocios irán perfectamente.» Hé aquí lo que llegó a ser esa gran palabra patria, última bajo la cual se abrigan todos los asesinos políticos.

Antes de dejar a Lila había enviado instrucciones a Rudio: «No presentéis a Allsop y sabéis quién es entonces. No lo reconocéis; os parecerá un negociante en cercezas.» Llegó el 8. Copocéis la historia de estas pistolas reunidas con tanta precisión y autoridad por el presidente de este tribunal.

Agobiado por la evidencia y los razonamientos, ha ensayado luchar; pero para quién es dudo de las pistolas compradas en Birmingham en casa de Hallis son las mismas que las entregadas por Outrequin? Pero no hay sino los revólveres en casa de Outrequin, y Pierri llevaba una tercera; no es bastante, es preciso la cuarta.

Es preciso, además, que las bombas estallasen a través del fuego y la sangre, y sobre las ruinas y los cadáveres marchar hacia el enemigo, cuya muerte ha sido jurada. Y si la Providencia quiere que no toquen los cascos que han herido a 150 personas, es preciso, en medio de la familia y de los suyos, volver a matar.

No son bastantes tres revólveres. El señor Devisme ha contado la compra de la cuarta pistola; la impaciencia de Gomez, que la reclamaba diciendo que su señor iba a partir y él, sabía a qué expedición. La víspera del crimen, como asesinos vulgares, buscan un goce grosero, y van a no sé qué teatro, a ver La tertulia del emigrado.

¡Qué miseria! Y a lo que están espuestos los imperios! No había que dudar de la Providencia. Viendo los destinos más precarios, la seguridad del mundo entero a merced de semejantes hombres! Pero, ¿cómo no reconocer y bendecir esa Providencia, viendo dominar toda esta escena de compenja y cubrir al emperador con su brillante protección?

Llegamos al 14. No saben, dicen, que emperador de la 1.ª a la 4.ª opera este día; pero todo París lo sabía. Lo sabían a las mil maravillas, y por eso habían tomado sus medidas. A las once estaban todos reunidos en la fonda de Francia y Champaña. Se reunieron de nuevo entre cuatro y cinco.

Un día como este siempre se tienen que dar algunas órdenes nuevas. De seis a siete estaban en la calle de Monthabor. Salen un momento, lo niegan aquellos mismos que en apariencia hacen las mas grandes conjeturas, y que en realidad los compran con mano avara.

Lo que hay de cierto es que a una hora que no podemos precisar, pero que se aproxima a las siete, el municipal a quien habéis oído en un paraje sombrío, cerca de la Opera, dos hombres, a quienes reconoció, a Rudio y a Pierri.

Se les quiere apresar y oponen resistencia, y el municipal se ve obligado a amenazarlos. Si no eran ni Rudio ni Pierri, ¿quién podían ser estos hombres? ¿Por qué esta insistencia?

Erán ellos evidentemente, que habían salido del conchillado de la calle de Monthabor, de esa caverna, para explorar el lugar. Nada mas natural, nada mas indispensable. A las ocho los puestos están designados.

Gomez, cuyo valor inspira desconfianza, está colocado delante, mas cerca del boulevard. Inmediato a la Radio, al lado de este Orsini, que le anima con palabras y con el gesto; cerca de la entrada imperial Pierri, el soldado de las barricadas, y puestos así esperan.

Alrededor de ellos hay niños cuyas voces oyen, jóvenes y viejos, y no les afectan, y tercos permanecen inmóviles. La muerte, la devastación, la carnicería es lo que van a arrojar en medio de esta multitud que está alegre como en una fiesta; nada les afecta ni les altera, y no se irán sino después de haber alestado esta calle de cadáveres andando en su sangre.

Aparece el carruaje del emperador, la primera bomba es arrojada por Gomez, la segunda por Rudio, la tercera por Orsini y no hay duda posible, ¡por qué no fue arrojada la otra? Es porque en medio de esos horridos que se revelaban sobre el suelo, bajo una lluvia de proyectiles, de ese carruaje rotó por las bombas, con calma y salvó, olvidando el peligro que había corrido no pensando sino en los que sufrían a su pie, salían aquellas a quienes se había querido matar: es que la égida con que la Providencia les protege, fue visible para todos.

¿No es esto un milagro manifestado de la Providencia? Hé aquí Pierri, el mas ardiente, el mas próximo, reconocido por solo aquel que en París ha guardado la memoria de su fisonomía. ¿No es esto un milagro? Hé aquí a Orsini armado con dos bombas que se adelanta para dar mas seguro el golpe, me parece que lo ve, herido en medio de sus víctimas, señalado en la frente y cogido por un velo de sangre que la Providencia ha puesto delante de sus ojos para impedirle completar su crimen.

Todo lo sabéis: no hay duda posible sobre los hechos. ¿Habrá aun lugar a la indulgencia? Será preciso prever alguna cosa aun? Cuando tenéis un deber tan grave y serio, cuando la sociedad es constituida por magistrados, cuando sois libres delante de vosotros mismos, y de Dios, es cuando tendríais que tener una indulgencia culpable y alguna debilidad? Indulgencia; ¿para quién? ¿Para Rudio, para Gomez? ¿Quién la invocará en su favor? ¿Su juventud?

¿Pero a su edad, no tienen ya la conciencia de lo que han hecho la responsabilidad completa de sus actos? ¿Litigarán delante de vosotros su situación su alterna, sus necesidades, su miseria? Si entramos en esta vía nos perdemos.

¡La miseria! Pero esto no es una excusa sino cuando se trata de satisfacer necesidades materiales, y si dejamos por ella armar el brazo de los asesinos políticos, no hay satisfacción posible para la ley, ni hay represión posible, y es preciso entregar a la sociedad desarmada a todas las malas pasiones.

¿Os hablarán de seducción? ¡Ellos mismos han solicitado el honor de entrar en el complot! Gomez, se dudaba de su fidelidad y de su valor; tuvo que disculparse, quejándose de que se desconfiase de él, declaró que estaba pronto a todo, y que no retrocedería ante nada; Rudio? El también ha solicitado alistarse; recibió el precio del crimen que va a cometer; ¡si, alargó la mano este hijo de una noble familia, y recibió el precio de su sangre! Es una vergonzosa complicidad, es un complice venal.

¿Se os hablará de debilidad? ¡Oh! sobre este punto no hay que que haya litigado; el que no quiere acusar a nadie; el que ayer escuchando mientras que hablaban, tenía en sus labios una sardónica sonrisa; el que decía: no son niños, sabían a las mil maravillas lo que hacían.

Término diciendo que me quedan dos cosas que es poner, respondiendo al sistema tan fijado por Pierri y el inventado por Orsini, el amigo de la verdad.

Pierri ha tenido dos sistemas: ha comenzado por decir que había venido a París para ver a un inventor, que esto le había entregado el 14 de enero una bomba, la cual había querido ensayar en la calle Montmartre.

Comprendéis que estas cosas no tienen refutación; lo comprende el mismo que cambia de sistema, pero es preciso que explique este cambio, y entonces se queja de la manera de llevar a cabo la instrucción. Séame permitido decir y proclamar en alta voz que la instrucción de este negocio ha sido conducida con gran moderación, perfecta conveniencia, esquisito tacto, y por los medios mas seguros, honrosos y humanos, por los cuales se ha llegado al descubrimiento de la verdad.

Estoy, pues, sorprendido de tanta audacia. He bajado a la prisión, les he preguntado si tenían algunas reclamaciones que dirigirme, y me han contestado todos que alababan los buenos tratamientos que se les daban.

Han pedido algunos favores, que les han sido inmediatamente concedidos. Además, tengo en mis manos una carta de Pierri, en la que alaba la humanidad y cuidados de todos los que le rodean, y dice que no encuentra en su situación el régimen de la prisión, ni los sufrimientos de los prisioneros.

No es el rigor de la instrucción, quien le ha obligado a cambiar el sistema: examinemos su segundo. Había venido a ver a su mujer y a su hijo. Su mujer, lo sabéis, hace quince años que le abandonó a causa de los malos tratamientos que le daba. ¡Su hijo! Comprendo estos sentimientos paternales; mas ¡por qué no le ha visto! Si le hubiese estrechado entre sus brazos, si le hubiese bendecido, tal vez no estaría aquí. ¡La vista de su hijo hubiese abandonado esta alma feroz! Si hubiese pensado en el porvenir de él y en ese nombre que había delegrado manchado por un asesinato, se hubiera caído tal vez el arma de sus manos.

Volvamos al segundo sistema de Pierri. Orsini tenía bombas que le emborrazaban, y quiso deshacerse de ellas, y se las dió a este, y esto a éste, a Pierri. Salí con una bomba en el bolsillo, y no sabía dónde iba; se dirige de un lado a otro, y después le llama la atención la belleza de los boulevard. Se va por casualidad por la calle de Lepelletier, precisamente allí donde los otros tres estaban reunidos. ¿Semejante sistema merece una refutación?

Orsini tiene también su sistema. Su causa es desesperada, él lo sabe; y sin embargo titubea delante de la verdad; toda la instrucción está llena de sus confesiones, retractadas, vueltas a empezar y retractadas de nuevo.

En toda esta actitud, no hay nada de héroe: queda solo el hombre. El héroe fanático, feroz, tiene siempre el lenguaje me adsum qui feci, y tenemos aquí un héroe que vende y se retracta de sus confesiones. Se podría escribir la historia de sus variaciones. Dice: yo no he arrojado una bomba; ¿qué hacemos con eso? ¿Es menos culpable? No ha armado los brazos de Gomez, Rudio y Pierri; ¿No es el quien ha derramado toda la sangre que corrió por la calle de Lepelletier? Espera en vano que se enterecerá la justicia.

¿Pero es posible admitir la fábula de ese italiano que nadie ha visto, y a quien había dado una cita? Mas Rudio estaba al lado de Orsini, recibió órdenes de arrojar la primera bomba y no vio a nadie. No, no es preciso decir más sobre semejantes cosas cuando se ponen en boca de tal campeón de la verdad; debe confesar clara y sencillamente; así es como se salva su dignidad.

Los hechos son constantes, ¿qué podía invocar en favor suyo? Se dirá que es el amor de la patria el que ha armado sus brazos? ¡Este es el pretexto, invocado por todos los ambiciosos!

Sabéis lo que ha dicho Pierri: ¡espera que sus negocios irían mejor! El amor de la patria en Rudio? El amor de la patria en Gomez? También alargó la mano y dijo: dadme dinero. El amor de la patria en Orsini? ¡Oh! no podéis admitir semejante excusa.

Es verdad que, en la antigüedad, sectas salvajes han llamado al asesinato en ayuda de este sentimiento. Con este objeto ha habido fatales controversias; pero los principios eternos de la moral han triunfado felizmente, y estas doctrinas han sido prosperas.

Después que el Evangelio vino a regenerar el mundo, aun han osado presentar estas doctrinas; la muerte de Enrique IV dió lugar a semejantes controversias, y quiso poner la vida de los reyes a merced de las opiniones; pero esta vez aun la doctrina del asesinato ha retrocedido ante la reprobación universal, y podemos decir muy alto con Bossuet: ¿Qué sería de los estados si se establecieran tales máximas? ¿Qué sería sino una carnicería y un teatro perpetuo y siempre ensangrentado por la guerra civil?

¿Habrá, en efecto, sociedad posible con semejante doctrina? ¿Cómo, esas sentencias que la justicia pesa en la balanza de su santuario, sería permitido a un simple ciudadano dictarlas y ejecutarlas? ¿Cómo! ¿podría dominar su ambición, su colera, las víctimas de noches agitados por una orden soberana que armaría legítimamente su brazo?

¿Cómo! Verger, el sacerdote asesino, tendría, pues, derecho a decir: el sacerdocio está en malas manos y hien al jefe de mi iglesia? No, sublevará su conciencia.

¿Pues, qué, los nombres, célebres en los fastos de crimen, podrían ser lavados de sus manchas? Los asesinos podrían decir: lo he hecho porque la sociedad está mal organizada. ¿Cuálquiera, constituyéndose en juez de su propia causa, podría herir cuando le su prior, cuando le sirve de obstáculo? ¿Qué sociedad podría permanecer sobre sus bases con semejante doctrina?

¿Dónde se han de detener vuestras máximas, vuestras entelequias? Eso sería el derecho ciego, bárbaro. Y cuando recuerdo que Orsini acaba de decirnos que aquélla el bien de su patria, yo pregunto si este hombre podrá haberse hecho ilusión sobre el modo de conseguirlo. ¿Ha podido creer un momento en el bien de su patria? Pero esa patria ha caído un momento, rendida y estenuada en manos de esos héroes, y ¿qué han hecho de ella?

No he presenciado entonces mas que turbulencias, desórdenes, muertes, incendios, sangre derramada, fusilamientos sin juicio, ejecuciones sin magistrados.

Sabéis lo que ha pasado en Roma, lo que ha pasado en Ancona, en Liorna. Orsini mismo os lo decía ayer: fue necesario enviarla apresuradamente con plenos poderes para que pusiese orden en los asesinatos, en las comociones de toda especie que desolaban su desgraciada patria. Y la emigración italiana, Orsini mismo os lo dice, está dividida en sectas que se detestan, en partidos encarnados y violentos; la guerra civil, en suma, que no es otra cosa que la ocasión para esos hombres; si llegasen a destruir al comun enemigo, ¿qué harían?

Hay una fábula en la antigüedad que nos ofrece la imagen del espectáculo que presenta después de un

revolucion la comarca, entregada a esos revolucionarios que se llaman patriotas: es la de los hijos de Cadmo. Los monstruos que pueblan la tierra habían desaparecido; no quedaban mas que algunos hombres esparcidos sobre su superficie; la tierra entreabierta, desierta, dejaba salir de su seno hombres desconocidos, armados, que se destruían; los hijos de Cadmo se despedazaron los unos a los otros. Vuestra patria común es la tierra de Cadmo; ella ha bebido vuestra sangre y se ha alimentado con vuestros despojos.

El destino, sin embargo, no ha secundado los proyectos de esos hombres: la Francia, el mundo, han sido milagrosamente salvados. La Providencia vela sobre el que en su valor no había desarmado vuestro brazo, y sea la que quiera la confianza a que se entregue, será salvado.

Recordemos también para nuestra satisfacción y nuestra gloria el sentimiento que estalló cuando se supo esta escena de horrible carnicería; cuando se supo que de en medio de tantas ruinas, que al rededor de todas esas víctimas, sin hablar de las que la muerte reclama aun, el emperador y la emperatriz se habían salvado, ¡no habéis mas que un grito unánime de ¡viva el emperador! que salió, no solo de labios de todos, sino hasta de boca de los mismos cuya sangre corría a torrentes, resacando de un extremo a otro de la Francia y en el mundo todo, asombrado y temblando a la noticia de este atentado.

Un concierto unánime de placeres se ha elevado del seno de todas las naciones; han felicitado al emperador como se felicitó a un huésped a quien se ama y venera; comprendiendo que su vida salvada era el reposo y la felicidad de Europa, resonando un Te Deum universal hasta en los últimos confines de la civilización.

Pero me equivoco; la salud del mundo no depende de la vida de un hombre, sea quien quiera. Sépanlo los legisladores, sus esfuerzos serán impotentes; no abatirán al enemigo que tienen siempre encima, porque la Providencia le protege. Serán impotentes, porque aun que le tuviesen a sus pies, no conseguirían sembrar la turbación, la división, la guerra civil: serán impotentes, porque nuestras instituciones no perecerán. La Francia sobesada pero energética, desolada pero comprendiendo su fuerza, se unirá a la, porque si el emperador muriese, su raza no perecería y su nombre viviría.

(Esta brillante improvisación ha cautivado al numeroso auditorio que se agrupaba en el recinto del tribunal, M. Chaix d'Est-Ange ha demostrado en ella, que puede colocarse como procurador general, a la altura que ocupaba como abogado.)

(Se continuará.)

BOLSAS ESTRANJERAS.
Amberes 3 de marzo. — Diferida, 25 7/8 p. Interior, 0.
Amsterdam 3 de marzo. — Diferida, 26. Exterior, 43 1/4.
Interior, 37 1/2.
Francia 3 de marzo. — Diferida, 26. Exterior, 37 7/8.
Londres 3 de marzo. — Consolidados, 96 1/2, 5/8. Exterior, 44 1/4.
Diferida, 26 1/4, 1/2; 30 que como aquí al 28 de marzo. Certificados, 51 1/8; 30 que como aquí al 28 de marzo. Pasiva, 61 3/4; 30 que como aquí al 28 de marzo.

Por toda la sección de sueltos: F. M. Redondo.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.
S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan sin novedad en su importante salud.

CORTES.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.
PRESIDENCIA DEL SEÑOR BRAVO MURILLO.

Extrato oficial de la sesión celebrada el día 10 de marzo de 1858.

Abierta a las tres menos cuarto, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

ORDEN DEL DIA.
Casos de reelección.

Si la discusión se aprobaran los dictámenes declarados de no sujetos a reelección los señores don Leopoldo Augusto de Cuelo y don Dionisio Gálvez.

Autorización para plantear los presupuestos.
Continuando esta discusión, dijo el Sr. BRAVO MURILLO.

El señor GONZÁLEZ BRAVO: Señores, me levanto a defender el proyecto que se discute en el sentido a cuya luz debéis ser defendido en mi concepto. No temo el Congreso que me moleste mucho, ni que entre a refutar la larga enumeración de argumentos que hizo ayer el señor Gonzalez de la Vega, cuya mayor parte son propios de la réplica del gobierno. Pero hay algunos que necesitan contestación de mi parte.

Su señoría ayer hizo una imputación al partido conservador, porque durante su administración se han discutido con frecuencia los presupuestos por medio de autorizaciones. Es dolorosamente cierto que durante las legislaciones conservadoras se han concedido al gobierno las facultades para gobernar por autorizaciones, pero, ¿quiere decir su señoría con esto que en nuestro credo político entró el conceder siempre estas autorizaciones, y no discutir el presupuesto? Si es eso lo que quiere decir, yo aporé a eso la constante protesta que ha salido del seno mismo del partido conservador contra esa costumbre.

Siempre hemos estado bajo la presión de amenazas, de situaciones violentas que han hecho imposible la discusión detenida de los presupuestos. Es claro que hemos de venir a un tiempo en que sea fácil la expedición de este negocio; pero mientras no llegue ese tiempo no se puede acusar a ningún partido de profesar una máxima enteramente contraria a las prácticas del gobierno constitucional. Esta no es una contestación a los hechos; es una protesta de la sinceridad de los deseos del partido moderado.

Pero hay mas: el presupuesto de la nación española en general está discutido por todos; viene discutiéndose desde que tenemos gobierno representativo, ya en la prensa, ya en la tribuna. Lo que hay es, que en el partido del señor Gonzalez de la Vega hay una doctrina y en el partido conservador otra. Su señoría tendrá una opinión, por ejemplo, de que la casa real y el ejército debían figurar por una suma menor; pero no negará que debe haber casa real y ejército; lo mismo digo de los impuestos. De suerte que salvas estas diferencias, la economía general del presupuesto está discutida. Un partido hay, el democrático, que tiene un presupuesto diferente, como que las doctrinas son distintas; pero el presupuesto progresista, que es más que un presupuesto constitucional, se parece al nuestro. Yo como

nos hace tanto tiempo discutiendo sobre esto, tenía razón el señor ministro de Hacienda al decir que solo se deberían discutir las diferencias que el gobierno propusiese de presupuesto a presupuesto.

No merecen, pues, el partido conservador el cargo de querer intencionalmente evitar la discusión de los presupuestos. Todos reconocen que es preciso llegar a una época en que esa discusión defienda se verifique, porque la esencia de estos gobiernos consiste en que el país comprenda que sus diputados tienen, como suele decirse, los cordones de la bolsa.

Antes de entrar en el punto de vista de esta cuestión, tengo que hablar del discurso elocuente del señor Lasso de la Vega. Dijo su señoría que si sus oídos no hubieran oído la voz de la oposición, que rechazaba la idea de que un diputado debiese ser de la oposición o ministerial, porque nada de esto veía en la Constitución. Confieso que en la Constitución no hay un artículo que diga: habrá oposición, ni habrá ministerialismo; ni reglas para dar votos de censura o confianza; pero también es verdad que donde quiere que se junten hombres a deliberar, se forman dos grupos, el que está por lo antiguo y lo presente, y el que está por lo innovador, y como el hombre tiende a formar un sistema, esto trasciende a los grupos, y el sistema es sistemático, y este sistema forma obligación y de ahí nace que un diputado diga: yo tengo el deber de censurar; y otro diga: yo tengo el deber de defender al gobierno. Este deber, señores, suele ser tan grande, que hace que los hombres cedan por él a consideraciones que individualmente no deberían.

Hay, pues, votos de confianza y de censura, y esto es esencial en las asambleas. Y aquí tenemos una cuestión que ha sido reiteradamente planteada, es el terreno de la confianza. No se la puede considerar a otra luz. Los que la consideramos a otra luz, aunque defendamos al gobierno, nos diferenciamos algo de él. Yo me creo en el deber de ser ministerial; y si embargo creo que la cuestión no está bien planteada en el terreno de la confianza; creo que estaría mejor planteada en el terreno de la conveniencia, de la necesidad legal, del espíritu de gobierno, que debe animar a una mayoría.

¿Es siempre debido un ministerio de plantear una cuestión de confianza? A mi modo de ver no puede ser que haya esa libertad para un gabinete siempre, porque un gobierno constitucional un ministerio debe ser la expresión de una mayoría o la expresión de las circunstancias en que está en el poder. Sin ponerse de acuerdo con esas circunstancias o esa mayoría, no se pueden traer aquí por confianza las grandes cuestiones políticas, y no hay ninguna cuestión política, fuera de las cuestiones constituyentes, más grave que la que aquí se ha traído.

Como antes he dicho que hay votos de confianza, pudiera creerse que estoy en contradicción conmigo mismo. Yo creo que hay votos de confianza; pero éstos tienen su zona oportuna. Cuando un ministerio resque en sí toda una política cuando que provoca una cuestión de confianza. Pero hay ministerios que a pesar de lo respetable de sus individuos y de la buena querencia de la mayoría, están muy distantes de resumir en sí toda la importancia de una situación. No trato con esto de herir en lo más mínimo a los individuos del actual gabinete ni rebajar la importancia del servicio que están haciendo, y que deba ser tenido muy en cuenta cuando de votaciones como esta se trata.

Que hay ministerios avasallados, supeditados por la situación que los rodea, lo voy a probar; y también probaré que hay otros que no en la situación misma. ¿Quién no recuerda los tiempos en que regia el reino la augusta madre de nuestra soberanía? Había en el ministerio personas eminentes, y sin embargo duraban poco en sus cátedras. ¿Por qué? ¿Porque duraban poco? Porque había fuera del ministerio una situación cuya fuerza estaba en el cuartel general de las miradas del Ebro; y desde el trono abajo todo sufría la presión de aquella fuerza, y era un vano pedir confianza sino a ella. No recordaré de que manera terminó aquella situación; una revolución lanzó de nuestra patria a la augusta princesa; las Cortes nombraron regente al duque de la Victoria. ¿Qué sucedió? Las votaciones pasaban por cima de la cabeza de los ministros. ¿Habrá quien ponga en duda los servicios y probidad de los consejeros del duque de la Victoria? Nadie; pero se desconfió del gobierno, se le quitó la confianza, se le dio la voz de desconfianza, y en la cual creo que no se le hacía justicia, y esto era una cosa de que la situación no estuviese ni en el Congreso ni en el Senado, sino en el palacio de Buena Vista.

A aquella situación sucedió el gobierno provisional, y se le dio tributo un homenaje de respeto y consideración al elocuente orador que estaba a la cabeza de aquella administración, cuyo brazo estaba en el general Serrano, que se había prestado a tan grandes hechos en servicio de las instituciones y de la Reina. Y sin embargo, aquel ministerio resque en sí la situación; ¿por qué? ¿Porque era un gobierno de transición, que preparó la mayor edad de S. M., y por lo tanto de los acontecimientos del advenimiento del partido conservador. Así, no ofendo a nadie, digo, para no hacer la verdad al manifestar que en ciertos momentos los hombres más respetables son sólo ministros de transición. Y que he sido yo, como un ministro de transición, un puente, como decía un célebre orador del partido progresista. Yo, señores, he sido un ministro de puente; pero de puente tan sólido, que por él pasó una mancha de quince siglos; y la obra de aquel puente ha servido para una época de once años de una relativa estabilidad en España.

¿Pero hay también ministerios que son la situación misma. El que presidió en 1833 el actual presidente del Consejo es uno de ellos. Balcónes los ataques fueron al ministerio; luchó y cayó en buena guerra; pero allí estaba la situación.

Otro ministerio que ha pasado como un meteoro, el ministerio Cleonard, no lea individualmente gran importancia; pero condensado en sí una situación entera. Otro ministerio de este género era el que ha regido el país en los dos últimos años. Había, como decía un individuo de la montaña roja, dos revoluciones que habían transigido; y sus dos representantes estaban en el poder.

Esto nos dice que la posición de las personas es independiente de su voluntad. Ahora bien: si yo pruebo que la situación que rodea al gabinete actual le domina y no domina; y que no puede haber confianza mientras esta situación no se resuelva, habré probado que no estaba en las manos de este gabinete el plantear una cuestión de confianza.

Como ha venido el actual gabinete al poder. Le ocupaba el duque de Valencia; presentó su dimisión; S. M. después de insistir a que la retirara hubo de admitirla. La conducta de S. M. si quiera aquí no puede ser objeto de crítica, es sin embargo digna de los elogios de que puede ser digno un rey constitucional. S. M. se condujo con todo el tacto y prudencia de un político consumado. Llamó a diferentes personas, les indicó que su punto de partida era la Constitución de 1845, les pidió consejo y se lo dieron lealmente.

Ello habiendo tendencias: una que interpretaba la Constitución de 1845 en sentido retrógrado; otra que estimando que pudiera ser conveniente ensanchar los derechos constitucionales, creía que podían hacerse ciertas reformas; y otra que limitándose estrictamente a la Constitución, creía que en ella había los suficientes elementos para salvar el orden y el progreso. Yo mismo y yo mismo, me creyó que debía optar por la política representada en la última de estas tendencias y eligió al ministerio Armero Mon. Inmediatamente después de su formación, todo el partido conservador le ofreció su apoyo con tal que se mantuviese dentro de su esfera y antecedentes. A poco tiempo, la primera impresión desagradable que produjo la entrada en el gabinete de un hombre que había pertenecido al gabinete del duque de Valencia, comenzó a extenderse. Unos combates entre de gobernadores y otras medidas que se decía que se preparaban, aumentaron la alarma, que llegó a su apogeo cuando un periódico dejó caer la palabra disolución.

Había de estas cosas con alguna imparcialidad porque no he tenido parte ninguna en esto. La cuestión de presidencia, que ha sido una cuestión desgraciada, que ha sido una cuestión en que el partido conservador ha perdido la noción de su interés; esa cuestión se llevó desgraciadamente hasta los últimos límites de la pasión en una votación secreta. El ministerio quedó en minoría y cumpliendo con su deber presentó a

S. M. la alternativa de su dimisión o la disolución. Yo no trato de penetrar en lo que pasó en el gabinete de S. M. Si hizo algo y lo hizo oportunamente, lo deslizo bien.

Aceptada la dimisión de los ministros, ¿cómo permitieron tributar a S. M. una alabanza digna y cumplida por la prudencia con que se hizo cargo de la situación. Hubo del terreno de las pasiones, se fué al otro cuerpo legislativo, y eligió a su presidente, persona que parece que está en el partido conservador para templar, para aplicar empujones a las pasiones y a las ligas del partido, no para irritarlas. Por lo mismo, juro que pueda serme el efecto que han producido mis palabras, de ningún modo quiero que puedan ser interpretadas como ofensivas en lo más mínimo al ministerio. Si, señores, el actual ministerio vino a calmar los ánimos, a ganar tiempo, a darselo a S. M. para tomar la resolución más acertada. Así, por la fuerza, misma de los sucesos, ese gabinete era, es, y seguirá siendo por algún tiempo, un gabinete de transición y de transición.

Pero la cuestión y la situación están todavía en pie, y voy a explicarlas.

He oído muchas veces que la elevación a la presidencia del señor Bravo Murillo era la sanción de la reforma de 1852; y de consecuencia en consecuencia, he oído dejar caer la responsabilidad del advenimiento de esa reforma sobre los que votaron a su señoría. Por otro lado he oído decir que los que votaron al señor Mayans se habían pasado a cierto grupo importante, distinto del partido conservador. Una y otra versión eran apasionadas. Alarmado el partido conservador por ciertas tendencias del gabinete Armero, elevaron como antídoto a la presidencia al señor Bravo Murillo. La votación aquí no significa la reforma; significa la negación de una tendencia; tendencia que voy a analizar sin lastimar a nadie.

Con razón o sin ella, se supuso que el gabinete Armero tenía afinidades con una administración dominada del espíritu que anima al señor conde de Lucena; esto bastó para que cundiese la alarma entre los conservadores; y esa alarma produjo el nombramiento del señor Bravo Murillo. Y esto es decir que yo creo todo lo que vulgarmente se dice del general O'Donnell? Yo no lo vengo a inculcar de nada; vengo a señalar los límites de su situación, y después la he de comparar con la situación del partido conservador. Si de esa comparación resultare que el señor conde de Lucena puede ser el jefe del partido conservador, yo me uniré a él. Pero si resultare lo contrario, yo le diré que puede ser todo lo que quiera, pero no jefe del partido conservador. El trono, la sociedad, todos los partidos políticos, todos, deben gratitud al conde de Lucena por lo que hizo en el verano de 1856; pero al mismo tiempo debo decir que la abnegación de que tuvo que dar muestras durante dos años, esa abnegación a un partido la confiere una importancia para ser jefe. El conde de Lucena ha hecho el mayor sacrificio que se puede hacer al país. No puede ser jefe del partido progresista, ni del democrático, ni del moderado; es una espada, es un hombre importante; pero no puede capitanear esas grandes masas, ese conjunto de intereses y de acción que constituyen la esencia de un gran partido. Esto que yo creo, lo crea el partido conservador, y por eso no quisiera aceptar la tendencia a ponerse bajo la dirección de ese eminente ciudadano.

Ahora bien: ¿he constituido después una situación definitiva? ¿Quién no tiene noticia de los ministerios que todos los días se dicen llamados a dar la solución definitiva de esta situación? Y yo pregunto: cuando la cuestión no ha sido resuelta, ¿cómo se plantea una cuestión de confianza? ¿Votaremos que el Congreso confía en que hay aquí una situación duradera? Ciertamente que no; después de dado el voto afirmado con las mismas dudas por esas puertas. ¿Confianza! En los países más sólidamente establecidos es hoy casi imposible pronunciar esta palabra. ¿No hemos presenciado la caída estrepitosa, inesperada del ministerio más popular que ha tenido la Gran-Bretaña? Volvemos la vista a Francia, a esos debates donde hay personas de que el país no sabe si se espanta o se admira. Aquí, en este país de lo instable y de lo modable, ¿cómo tenemos confianza? ¿Y de qué, señores? ¿De un ministerio de transición? Parece que esta palabra es la antítesis de lo que sentimos.

Dijérase: esta es una cuestión de necesidad, de consecuencia: todos votaríamos y todos votaremos, sin que esto sea negar la importancia ni el gran servicio que están haciendo los actuales ministros. Yo tengo confianza en ellos, y sobre todo en su presidente; pero el ministerio es lo accesorio; lo principal es la situación, y la situación ni aquí ni fuera de aquí puede inspirar confianza.

Señores, los dichos vulgares suelen ser expresión muy gráfica de la situación de las cosas. ¿Quién al oír se preguntará cómo estamos, no ha dicho a oído decir: esto está muy malo? Pues bien, cuando esto está malo, no hay confianza, y no puede haber votos de confianza.

Por eso días pasados volé yo a la orden del señor Illas; por eso he pedido la palabra para explicar que, volviendo así entendido, votaba, no un texto dado, sino un límite a la confianza.

Voy a concluir. He hablado antes de disolución. Si se fueran a crear los síntomas, este parlamento estaría disuelto ya, porque ya un decreto lo estuvo a punto de disolverlo, porque el señor Bravo Murillo, que representa la política contraria, nos ha dicho que la ley electoral es viciosa; porque el gobierno ha confesado que esta ley es viciosa; pero, o no viene aquí el partido conservador a votar, o este Congreso renuncia de sus cátedras porque representa un grandísimo interés, porque los partidos no pueden moverse teniendo una idea representativa una tendencia social. Puede, pues, ser disuelta esta cámara; diremos al que la disuelva como los gladiadores romanos al César: *Cesar, morituri te salutant*.

Los gladiadores volverán llenos de vida a combatir por los principios que siempre han sostenido.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Fernández de la Hoz): Es sensible al gobierno tener que levantarse a continuación de un discurso que se anuncia-ban pro del dictamen que se discute; pero el Congreso comprenderá que ataque más duro no ha podido recibir el gobierno. El gobierno quedaría lastimado si no se vindicase del que pudiera menoscabar su prestigio y autoridad de la; y es importante que el gobierno no aparezca rebajado a los ojos de la opinión.

Verdad es que lo he oído de la franqueza al país; pero yo rogaria al señor González Brabo que tuviese en cuenta que yo agradezco mucho cuando de frente se me ataca. Si hemos venido aquí con la cuestión de confianza, ha sido precisamente para definir bien la situación de cada uno en el parlamento.

Su señoría presenta a este ministerio como destituido de la importancia que ha merecido para dirigir los negocios públicos, y dice que la cuestión debía haberse planteado, no como política, sino como económica. Plantada como económica, no habiendo nosotros creado las necesidades, la cuestión era factible. Lo necesario era plantearla en el terreno político. Dice su señoría: «los ministros, o reflejan una situación clara, o son de transición, y en esta última, clases no ha comprendido su señoría. Serán ministros de transición, pero a veces hay grandísima gloria en servir a su país en esos ministerios para llegar a situaciones despojadas al través de mil obstáculos y contrariedades. El ministerio que presta este servicio, tiene derecho a que no se rebaje su importancia a los ojos del país.

Su señoría no cree que estos ministerios se presenten pidiendo confianza. Precisamente nosotros creemos lo contrario, creemos indispensable un voto político; si tan poca autoridad tenemos por nosotros mismos, no debe extrañar al señor González Brabo que bendigamos a buscara en una votación del parlamento.

Decía su señoría que en la guerra civil la fuerza estaba en las orillas del Ebro. Sin embargo, aquel ministerio legará a la historia una gran gloria: el convenio de Vergara.

Desde 1840 a 43 dice su señoría que la presión estaba en el palacio de Buena Vista. Así sucedió aquella situación.

S. S. dice que por el puente de su ministerio pasó una monarca de quince siglos. ¡Ojalá! pudiera pasar por nuestro puente el partido moderado unido, la sociedad salvada del socialismo! A eso se dirigen nuestros esfuerzos.

Dice su señoría que S. M. fué a buscar al presidente del Consejo para aplicar empujones a las dolencias del partido conservador, y que la elevación del señor Bravo Murillo a la presidencia no fué una afirmación de una idea, sino la negación de una tendencia. Otros, creyendo que con votar al señor Bravo Murillo se afirmaba una idea, fueron para negarla a votar al señor Mayans, que se había opuesto a la reforma de 1857. Por eso he dicho ya otra vez que la votación de presidencia fué el deseo unánime de la unión del partido conservador. A eso creyó el gobierno que debían tener de sus esfuerzos.

Dice su señoría: «¿No veis que en Francia es Inglaterra, hombres de reputación europea no se atreven a pedir confianza? ¿Pues para qué pide esa confianza el gobierno? ¿La pide acaso porque crea que pueda durar más o menos al frente de los destinos públicos? No, señores; el gabinete actual encontró dividido al partido conservador; y el deber del gobierno, ¿cuál era? En 1857 se había verificado una gran transacción en el partido moderado, y el deber del gobierno era procurar que se uniesen todos los que habían concurrido a esa gran transacción. El gobierno debía ser conservador; ¿por qué? Aceptando la Constitución de 1857 como la habían votado estas Cortes; contentando al que quisiera avanzar, y al que quisiera retroceder; esto es la verdad. Los que crean que debe irse mas atrás, y los que creen que debe avanzarse mas, que voten contra el gobierno. Esta es la cuestión de confianza: los que ratifican la gran transacción de 1857, esos están con el gobierno. No se diga que esto es anacronismo y antitesis; el anacronismo, y la antitesis sería que el señor González Brabo, después de lo que ha dicho, volase el dictamen de la comisión.

El gobierno no acepta el apoyo de su señoría, que considera como una impugnación que lo lastima hondamente.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Los señores taquígrafos son los mejores testigos que puedo invocar en lo que voy a decir. No he tenido nunca costumbre de corregir mis discursos; no lo haré hoy; abandono mi discurso tal como salga de las notas taquígráficas, a la apreciación del señor ministro de Gracia y Justicia, y a su señoría encuentra una sola palabra que indique que he querido ofender al gabinete actual, tendrá razón su señoría; pero si no encuentra cosa, tendrá yo el derecho de decir que le he amargado la verdad. Si su señoría, al pronunciar yo la palabra *empujones* ha sentido el efecto de un sinapismo, yo lo lamento. Mis opiniones son altamente favorables al gabinete; pero no puedo abdicar mi conocimiento; y conozco que fuera del gabinete hay una situación. ¿Es el ministerio la situación? Pues sí lo es, ¿por qué se ofende de las dudas que sobre la situación recae? ¿Tengo yo la culpa de que las cosas sean las cosas y no tengan mas que un nombre?

Yo votaré el voto de confianza que se presenta; pero no diré que tengo confianza en la situación. No tengo necesidad de estar sino donde estoy; y estoy donde está el partido conservador, donde tantos títulos como cualquiera de los señores ministros. No esperaba yo que después de haber hablado con tanta mesura se me diera por ofendido el gobierno; ¿qué quiere que le diga? ¿Quiere que le diga que representa una situación? Eso no es posible. Si para darse por ofendido tiene otra razón, me sirve de consuelo el ver que esa no es ninguna razón política.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Istúriz): Señores, mi palabra, como de costumbre y como corresponde a mi edad, será concisa y será corta. Mi palabra no será tampoco impulsada por el sinapismo que el señor González Brabo cree haber puesto al ministerio. A las razones que ha expuesto mi digno compañero el señor ministro de Gracia y Justicia, sería presuntuoso en mí querer añadir nada. Lo único que me propongo decir al Congreso es, que el gobierno se ratifica hoy solemnemente, mucho más después del discurso pronunciado por el señor González Brabo, en pedir en esta cuestión un voto de absoluta confianza, sin el cual el gobierno no consentiría, ni podría consentir, estar un momento mas en estos bancos.

Esta es la posición clara, definida, en que el gobierno se presenta y se coloca delante del Congreso y delante de la nación. Cualquiera que sea el resultado que pueda tener la votación del Congreso, no será la culpa del gobierno, sino del señor González Brabo, cuyo discurso, hábil y bien meditado, no ha sido, respecto de los consejeros de la corona, mas que un puro y dilatado sarcasmo.

El señor GONZÁLEZ BRABO: Señores, el señor presidente del Consejo de ministros, en quien por lo visto las canas no han entibado el ardor de sus años juveniles, el señor presidente del Consejo de ministros acaba de inferirme un agravio que yo no creo haber merecido; acaba de decir su señoría que mi discurso ha sido un puro y dilatado sarcasmo. No quiero contestar al señor presidente del Consejo de ministros en el mismo tono, porque su señoría pena casta y muestra un ardor impropio de sus años.

Yo no peino cans, y estoy tranquilo; por lo demás, el Congreso dirá quién en esta circunstancia se condice con calma, y el Congreso y el país verán si lo que he dicho han sido sarcasmos o razones profundas, sentidas profundamente por todos, y que sin duda no penetran en el corazón del señor presidente del Consejo de ministros.

Sepa el señor presidente del Consejo de ministros que no se necesita tener sus años para sentir la gravedad y la importancia del papel que en esta puesta se hace: sepa el señor presidente del Consejo de ministros que yo no vengo aquí a decir sarcasmos, vengo a razonar y a razonar, y las razones no se responden con agravios. El señor presidente del Consejo de ministros es dueño de decirme lo que quiera, de juzgar de mí como quiera, de hacer de mí, en lo que pueda, lo que quiera; pero no es dueño de hacer que yo varíe en mi línea política.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, límitese V. S. a rectificar.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Estoy en mi derecho. Muchos señores diputados: que hablo, que hablo.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señores! El Congreso no tiene autoridad sobre el presidente cuando el presidente ejerce sus atribuciones. (Muchos señores diputados: Bien, muy bien). En todo lo que sea autoridad del Congreso y de sus subcomisiones, el presidente se somete a ellas, las acepta y nunca las invade. En lo que de su autoridad el Congreso no es su juez.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Lo que acaba de decir el señor presidente es verdad; pero también es verdad que el presidente ni nadie tiene el derecho de detenerme cuando estoy rectificando; y rectificando por el derecho que me da el reglamento de contestar a acusaciones personales.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. ha pedido la palabra para rectificar. El motivo que ha tenido para ello ha sido haber manifestado el señor presidente del Consejo de ministros que su señoría ha usado de un puro y dilatado sarcasmo. V. S. ha protestado contra eso, y ha dado sus razones.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: No he dado todas las que tengo que dar.

El Sr. PRESIDENTE: D. V. S. las que guste; pero contentándose a rectificar.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: A rectificar y contestar a una acusación personalísima. Decía, señores, que no tenía ni podía tener derecho a sacarme de la línea de conducta que me había propuesto, nadie, por importante que fuera su palabra, ni aun la misma palabra, ni aun la misma persona; ni aun la autoridad misma del señor presidente del Consejo de ministros.

En línea de conducta es votar el voto de confianza a los actuales ministros, y como he dicho antes, salvando lo que nada tiene que ver con los señores ministros. En esto, ¿qué agravio hay? En esto, ¿qué ofensa puede haber? ¿O se pueden señalar aquí las cosas por su nombre? Si eso se esperaba, se ha esperado mal. Siere que es un sarcasmo decir las cosas por su nombre: el señor presidente del Consejo de ministros, yo diré a S. S. que desde su altura no deben ser tomadas así las cosas.

Después de haber dado estas explicaciones y de haber hecho juez al Congreso de que no ha sido mi intención y mi propósito lo que se me ha querido atribuir, y entregando las notas taquígráficas tradiciones al archivo del Consejo de ministros, no añadiré una palabra mas. Yo no estoy ni con los que esperan una reforma, ni con los que quieren una expansión excesiva; soy del partido conservador. Creo que los actuales consejeros de la corona representan ese partido. Después de

creer esto, y de votar con ellos, me importa poco el juicio que se pueda formar de mis palabras.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Fernández de la Hoz): Diré muy pocas palabras para rectificar alguna idea equivocada del señor González Brabo. Porque si S. S. hubiese hecho uso del sarcasmo y el gobierno haya manifestado esta creencia, no puede darse por ofendido. Lléjole usar esa arma en la discusión. (El Sr. González Brabo: No, ¿no es esto? Si no es esto los señores diputados podrán apreciarlo; pero la verdad es que el Congreso ha creído, y el mismo señor González Brabo ha presumido esta creencia, que S. S. había uso del sarcasmo cuando habiendo escitado alguna vez la hilaridad de la cámara ha tenido que protestar contra cualquier mala inteligencia que se diese a sus palabras. Estas son la verdad.

También ha dicho S. S. que la calificación de empujones ha debido doleros, considerándola como un sinapismo. El Congreso apreciará hasta qué punto se ha podido hacer uso aquí del sarcasmo. Pero no hay en esto ofensa ni para S. S. ni para nadie, y así ha debido entenderse cuando de esa palabra se ha hecho uso por el señor presidente del Consejo de ministros. Por lo demás, cuando S. S. se digna honrarnos con su confianza y habla de otras situaciones fuera de aquí, el gobierno, que no conoce mas situación legal que esta, viene aquí a someterse a ella sin que sea su ánimo repeler ni expulsar del partido moderado, donde la dignamente figura, al señor González Brabo.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Hemos hablado todos con mucho calor. El señor presidente del Consejo de ministros me precede en años y en respetabilidad. Su señoría ha dicho que mi discurso ha sido un puro y sostenido sarcasmo. Si lo es esa mi intención. Si se considera que he ofendido sus años y sus canas, yo diré que no ha sido esa mi intención, y luego juzguese lo que se quiera.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Istúriz): Acepto las explicaciones de su señoría, y yo por mi parte declaro también que no he querido ofenderle.

El Sr. PRESIDENTE: El señor Villalobos tiene la palabra.

El Sr. VILLALOBOS: Por no prolongar mas esta discusión por mi parte, renuncio la palabra.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Si antes de venir a este sitio hubiese podido dudar de las ideas que forman mi convicción política, de seguro que en este momento estaría en el pleno de mis convicciones. No basta, sin embargo, señores, presenciar los hechos; es necesario examinarlos para sacar de ellos provechosas lecciones.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, a la cuestión.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Aunque no acostumbro a molestar con frecuencia la atención del Congreso, estoy acostumbrado a estas interrupciones. Todos saben que mi posición en esta cámara es especialísima; sin embargo, no siempre puedo manifestar mis opiniones. Es raro llamarame absolutista y neocatólico, y cuando trato de defender estas ideas...

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, a la cuestión.

El Sr. CANGA ARGUELLES: ¿Qué es lo que aquí se discute? Todo lo que aquí suele tenerse por verdad es mentira, a la vez que todo lo que suele tenerse por mentira es verdad. Estas palabras no son mías; se han pronunciado en este sitio, y el orador que las pronunciaba añadía: «Vosotros habéis establecido la responsabilidad ministerial, queriendo con ella limitar el poder público; y debéis tener entendido que para que el gobierno responda de todo es preciso que todo lo pueda hacer.»

La imprenta ha sido establecida para saber noticias interesantes y tener una discusión perpetua; pues bien, no hay mas en el periodismo que el monólogo perpetuo, y para saber noticias hay que recurrir a la carta.

A esto añadiré yo otra cosa. Hay un artículo constitucional que dice que todos los años se discutirán los presupuestos. ¿Se hacen estos? Todos han dicho: no. ¿Por qué? Sería largo referirlo; basta a mi objeto que todos hayáis dicho que la Constitución no se observa. Es decir, que habéis puesto el precepto, y dais el escándalo de estarlo infringiendo constantemente.

Esto de las autorizaciones ha sido un hecho constante apenas interrumpido, y decía el señor González Brabo: «Ciertamente, pero no tiene la culpa el partido moderado, porque durante once años ese partido no ha podido hacer mas que luchar.» Pues bien: un partido que dice que durante once años no ha podido tomar asiento, está juzgado. No se pueden discutir las leyes, no se pueden discutir los presupuestos, y vienen en su lugar las autorizaciones que precisamente están creadas. Yo, señores, y como yo hay aquí algunos, quisiera, pues que según voces, de la discusión sola la luz, que alitramos esa voz a los presupuestos. Pero me sale el gobierno y dice: no puede ser, esta no es una cuestión de detalle; aquí de lo que se trata es de saber si los diputados les gusta o no el ministerio.

Hay mas: se dice a los gobiernos no se les pueden negar los recursos. Precisamente creía yo que si estos sistemas parlamentarios produjeran algún buen efecto, era impedir que los gobiernos usasen mal de los fondos públicos. Pues bien: eso no puede hacerse; al gobierno no se le niegan jamás los recursos.

En tiempos antiguos, se dio, todo era oscuridad y caos; pero en estos tiempos todo es luz y publicidad. Ahí está el libro de los presupuestos. Yo declaro que a estas horas no sé lo que son los presupuestos, ni creo que ninguno de vosotros lo sepa. Para mí no es mas que un libro con el cual se trata de fascinar a los pueblos. Es admirable oír aquí cómo las rentas suben y bajan según los señores que tratan de ellas; cómo suben 10 000 000 los tabacos, 20 las aduanas, etc., todo para decir: ahí tenéis los presupuestos perfectamente nivelados, palabra técnica. Y, señores, lo que yo no he podido nunca comprender es precisamente esa nivelación ridícula.

Señale al principio que van a ingresar 1,775,155,393 reales vellón y que se va a gastar una cantidad exactamente igual.

Pero lo que mas debe llamar la atención es que en ese mismo libro donde se supone esa nivelación está la prueba de la insignificante falsedad que hay en esas cifras.

Empieza el gobierno diciendo: «La obra del gobierno no puede ser otra que la de presentar nivelados los presupuestos del Estado. A este fin no ha omitido fatiga el gobierno; pero habiéndose de tener entendido que habiendo mis antecesores tenido igual pretensión que yo, no lo obtuvieron. (que es probablemente lo que me sucederá a mí), y de eso ha resultado que los gastos ordinarios han habido que agregar 455 000 000, que no entraron en ese nivel que se presentaba al principio del año, que son el resultado de las nivelaciones anteriores, y que es preciso volver a nivelar este año; y aquí entra la obra de la sagacidad de las personas que confeccionan estos presupuestos: 455 millones hay de excedente. Aquí del saber de los empleados; a ver cómo estos 455 000 000 se dejan perfectamente iguales a los otros 455 000 000; y esto es lo que se ha conseguido perfectamente bien en el libro de los presupuestos.

Pero lo que el país tiene que decir este año es: ¿qué ventajas tengo yo de esta nivelación de los presupuestos? 50 000 000 que voy a pagar la propiedad territorial; y sin embargo, yo que no puedo creer en estos alardes de mayores productos de tal y tal renta, estoy persuadido de que llegará el mes de diciembre de 1855, y la obra que hoy se presenta tan perfecta aparecerá con todas sus imperfecciones, y como el año que viene no tendremos ya el gusto de ver vendidos en ese banco a los actuales ministros, y los que les hayan reemplazado tendrán la misma pretensión, seguiremos siempre con nuevos recargos.

Y debe, señores, seguirse así. ¡Cumpliremos bien con nuestra misión si no nos oponemos de la manera racional que tengamos a nuestra disposición a que esto continúe!

Hace días que nos decía el señor Bravo Murillo, que si habíamos de venir a la modernidad, tendríamos que pagar a la modernidad. Yo no tengo la suficiencia necesaria para combatir esta fórmula; pero lo que sí haré es oponerla otra que por mas que se esclara, sin embargo, no se sigue ni en España ni en Europa, y que nos arregle a lo que poseemos, y de esto lo necesario, y nada mas que lo necesario; porque es preciso que nos arreglemos a lo que tenemos, y no acudamos a eso medio del crédito, que ha de producir una catástrofe en todas las naciones de Europa.

Si ha habido alguno, señores, que haya pensado que yo voy a establecer paralelos, se ha equivocado. Yo, retrógrado como soy, no vengo a decir si lo antiguo era mejor o peor que lo moderno; voy a examinar la cuestión en otro terreno.

El presupuesto de 1855 es de 1,775,000,000 según unos, y de mas de 2,000,000,000 según otros: ¿es esto mucho, o poco? Voy a responder a esta pregunta por medio de varias apreciaciones. ¿Creeis, señores diputados, que la malísima administración que hay hoy en España, ha de dar buenos resultados económicos? Creo que pensáis que no, porque os he visto aplaudir la idea emitida por el señor Bravo Murillo acerca de una ley de empleados públicos. Pero esa ley es inútil, porque para buscar la estabilidad en los empleados es preciso que la tengan los ministros, y mientras haya un sistema cuya base sea la inestabilidad del gobierno del Estado, es completamente absurdo o ilusorio pretender dar estabilidad a la administración del país. ¿O se llama la atención, señores diputados, tener un cuerpo diplomático convertido casi en un cuerpo tramante? Pues el resultado de estas continuas variaciones de embajadores y plenipotenciarios es gastar unos cuantos miles de duros que cuesta cada traslado.

Y si yo hablara de ese monstruoso sistema administrativo del expediente de España, con el que jamás se concluyen las cuestiones, porque el modo de proceder no es expeditivo a causa de la gran centralización. Pues de aquí no pueden nacer tampoco buenos resultados económicos.

Resulta, pues, que en buena administración, o no necesitaríamos 1,775,000,000, o se gastarían mejor de lo que se gastan.

En el presupuesto se encuentran a primera vista partidas escandalosamente altas, y escandalosamente bajas. Las altas son, entre otras, la de clases pasivas, que no es mas que el resumen del desorden que hay en este país. ¿Qué significa tener el Estado necesidad de un sueldo que está sano y con buenas facultades intelectuales, y estar este sueldo en aumento? ¿Qué el destino que sirvió, en vez de estar doliendo como aparece en el presupuesto, lo está mucho mas, porque hay que pagar una porción de cesantías de aquel mismo destino.

También encuentro altas las partidas relativas al Congreso, al Senado y al ejército. En cuanto a los 22,000,000 que se presuponen para instrucción pública, no pido economías, lo que si quisiera que se diera la instrucción de otro modo, que se redujera el número de las universidades de España; porque de tener abogados sin pleitos, y médicos sin enfermos, no resulta mas que una masa de juventud que a no ser escoria tremenda virtuosa, tiene que ser escoria escoria revolucionaria, porque ha gastado en sus estudios capitales que debe tender a reembolsar, y ha adquirido una porción de necesidades de que tiene que verse privado, y a las cosas, sin embargo, tiende a subvenir.

En cuanto a las partidas que encuentro bajas, es la primera la de 180,000,000 para el presupuesto eclesiástico. Creo que no habrá ninguno diputado que no tenga las mismas ideas que yo en este punto. El solo claro parámetro, señores, debe estar mejor dotado; y no se me diga que esa suma se aprueba en el concordato, porque si este puede variarse para hacer el mal, mejor debe hacerse esta variación cuando sea para un bien, y el clero parroquial de España necesita mayor dotación, no para pagar sus servicios, porque para esto no hay dinero bastante, sino para que el párroco pueda dar limosnas y no se desprecia de uno de los caracteres que mas engrandecen la misión de que está revestido.

Treinta millones, señores, se presuponen para la reparación de templos, cuando 32,000,000 están aprobados ya con este objeto en el ministerio de Gracia y Justicia si no han de venir al suelo los templos de la nación católica por espesancia, y de estos solo 15,000 duros para la de conventos!

Queda, pues, demostrado con estas consideraciones, que con una buena administración, o no gastaríamos lo que gastamos, o lo emplearíamos mejor; pero vamos a considerar la cuestión bajo otro aspecto. Decía el señor Lasso de la Vega que no había remedio sino no aceptar esos 1,775,000,000. Yo pregunto: ¿qué ventajas reporta España de este sacrificio? Y para contestarme vuelvo a preguntar: ¿qué es España en lo interior? Bajo el aspecto moral, hasta, para saber lo que es, considerar que las cuestiones políticas, no tiene tiempo para contestar la interpretación de un diputado, aunada hace mucho tiempo, sobre la reproducción de robos, asaltos, continuando un día y otro encerrado en su celda de indiscutible silencio.

Bajo el aspecto político, lo dice bien claro el incidente ocurrido hoy, puesto que el señor González Brabo ha hablado en pro del dictamen de una minoría que el señor ministro de Gracia y Justicia ha calificado de opuesta a ese mismo dictamen, hasta el punto de que no sabemos siquiera lo que hacen, y haya venido a resultar una verdadera tortura de Babel.

Bajo el aspecto económico, hace mucho tiempo que todos los ministros de Hacienda nos dicen que la situación es desastrosa y que caminamos sin cesar a la bancarota (por mas que nunca lleguemos a ella). Hace años, señores, la Iglesia tenía una riqueza, de la cual fué despojada por la revolución, y la opinión del partido moderado fue siempre contraria a esta desamortización, que el señor M. en 1845 siendo ministro de Hacienda, con esa inflexible autoridad de los números, que había sido funesta en resumen, de esta consideración del estado de España bajo sus diferentes aspectos, moral, político y económico

CORREO ESTRANJERO.

La noticia del cambio ministerial que ha ocurrido en Inglaterra, ha producido en San Petersburgo una gran sensación. La *Abaja del Norte*, aplaudiendo la caída de lord Palmerston, confiesa que todos los comerciantes de San Petersburgo han suspendido los negocios luego que se supo la caída del ministerio. La influencia de la Inglaterra en el mercado ruso es tan grande, que desde el viernes, en que se supo la noticia, no se ha hecho operación alguna en la bolsa. Hablando La *Abaja* del nuevo ministerio, dice que espera que satisfará a las reclamaciones de toda la Europa, y que de este modo hará desaparecer todo pretexto de mala inteligencia, y prevendrá la tempestad que se teme estallar. Ruega a la Providencia que desarme la vanidad y la ambición nacionales, para que se mantenga la paz en toda Europa, y el comercio y el desarrollo de todos los Estados pueda afirmar los poderes de todos los soberanos.

Las sesiones del parlamento inglés están suspendidas, como nuestros lectores saben, hasta el 12 de marzo para la cámara de los comunes y hasta el 15 para la de los lords. Hasta esta época no se puede esperar ningún cambio notable en la situación política. El objeto de este aplazamiento es dejar al nuevo gabinete el tiempo necesario para preparar las medidas que tiene intención de someter a las cámaras. Además de la cuestión de refugiados, sobre la cual se sabe que el ministerio ha debido aplazar su resolución hasta que haya recibido contestación a las aplicaciones que ha pedido al gobierno francés, se sabe que tiene intención de presentar un nuevo bill sobre el gobierno de la India, o al menos de cambiar y modificar en muchos puntos el bill importante presentado por lord Palmerston. Puede crearse que en la próxima reunión de las dos cámaras se sabrán las resoluciones definitivas que el gabinete debe proponer sobre estas dos cuestiones capitales.

El célebre Mazzini ha salido a defender la reputación de Orsini ante la Europa. En un manifiesto que ha publicado en Inglaterra, se lee lo siguiente:

«En la acusación fiscal contra Orsini y en otros documentos leos que habiendo sido Orsini nombrado en 1849 comisario extraordinario de Ancona, cometió esos que produjeron una sentencia contra él por robo de violencia, etc.»

«Yo elegí Orsini, y el triunvirato romano le nombró, para ir a reprimir a toda costa los asesinatos políticos que un dolo número de malvados perpetraba en Ancona.»

«Plégale a aquella ciudad el 12 de abril de 1849, y en pocos días llenó con celo y energía poco comunes, el encargo que le había confiado; durante su permanencia no se cometió ningún homicidio en Ancona. Su conducta fué universalmente elogiada. Su lenguaje era digno de su misión. Pueden verse las pruebas de este en opúsculos documentos oficiales publicados por él en uno bastante interesante, en un tratado sobre el terrorismo de la sociedad de los amigos de Italia, y en la misma correspondencia vuestra parlamentaria en 1849.»

La acusación dice que Orsini, en 1855, fué arrestado por sospechas de haber conspirado contra la vida del emperador de Austria. Orsini fué arrestado en Hermandad; no se sospechó que hubiese concebido el proyecto. En la causa que se le formó en Milán, no se le hizo ningún interrogatorio que contuviese la más mínima alusión a semejante hecho.»

Las noticias de Marsella señalan la llegada de la ma-

la de las Indias. Nada particular había allí ocurrido, si se exceptúan algunos descalabros parciales y de poca importancia sufridos por los ingleses en las cercanías de Bombay.

El *Bombay Times* del 9 de febrero dice que no se sabía con seguridad si el general Campbell marcharía sobre Bareilly o sobre Lucknow; pero que de todos modos se tenía confianza en el resultado.

Han llegado a Cawnpore para el sitio de Lucknow la brigada que tenía el general Walpole en Bareilly, y un convoy de 1,200 carros escoltados por una división de sikhs.

El *Bombay Times* teme que los próximos calores sean aun mas temibles que el enemigo.

Sir Hugo Rose ha hecho ahorcar en Mundesore a uno de los reyes de la India central. El enemigo iba concentrando sus fuerzas, alrededor de Mundesore.

La columna del coronel Raine ha destruido las fortificaciones de Awar y el palacio del rajah, marchando en seguida sobre Kuth.

En Bombay se había renimado algun tanto, el comercio. La exportación del opio había aumentado a una tercera parte en 1857.

Dicen de Marsella que van llegando a aquel punto varios centenares de individuos presos en diferentes departamentos de Francia, como resultado de las últimas medidas de seguridad general. Son encerrados en el castillo de If hasta tanto que sean enviados a Lambessa.

Ha bajado en Marsella el precio de los cereales a consecuencia de los numerosos arribos que llegan, especialmente de Levante.

J. Salgado y Rey.

CRONICA DE PROVINCIAS

—En los primeros días de este mes hará un segundo viaje a la Habana desde Gijón, el va por español a hélice *Jovellanos*.

—Los periódicos de la Habana recibidos por el último correo hablan de la eminente artista Marietta Gazzaniga, y de sus triunfos en el gran teatro de Tacón, con un entusiasmo difícil de describir.

El 30 de enero cantó La *Traviata* para su beneficio, el cual le produjo más de 6,000 duros. A tal punto llegó el fanatismo del público cubano que, según la relación de la *Prensa*, el *Diario de la Marina*, la *Gaceta*, el *Correo de la tarde* y otros periódicos autorizados, después de caer a sus pies una lluvia de ramos, pájaros y versos, fue coronada sobre la misma escena con una magnífica corona de oro que sus apasionados la habían dedicado.

En la misma representación cantó la *Naranjera*, produciendo un alboroto semejante al que causó en Madrid cuando por vez primera dijo esa afortunada canción del maestro Schöndopel.

La Gazzaniga, elevada a la categoría de ídolo entre los cubanos, ha recibido, a más del culto tributado a su gran talento, joyas de gran valor. Ninguna, sin embargo, nos parece mas delicada que la idea de colocar su busto en mármol en el teatro de Nueva York donde había cantado una temporada con igual éxito. ¡Lástima es que una artista de la talla de la Gazzaniga se haya ido al otro mundo en busca de gloria!

La acusación dice que Orsini, en 1855, fué arrestado por sospechas de haber conspirado contra la vida del emperador de Austria. Orsini fué arrestado en Hermandad; no se sospechó que hubiese concebido el proyecto. En la causa que se le formó en Milán, no se le hizo ningún interrogatorio que contuviese la más mínima alusión a semejante hecho.»

Las noticias de Marsella señalan la llegada de la ma-

ómas bien del oro que por acá no suele andar tan hermanado con las gentes de talento!

—El 4 llegó a Barcelona, de regreso de la visita que ha hecho a las ciudades de Tarragona Tortosa y Reus, el capitán general.

El mismo día llegó a aquel puerto el buque inglés *Mary Ismay* conduciendo 250 toneladas de rails destinados a la prolongación del camino de hierro de Aragns de Mar a Gerona. Aplaudimos sobre manera la actividad de la empresa de dicho camino.

M. Torrijos.

CRONICA GENERAL.

—Me suscribiré.—Sabemos que el señor don Joaquín Maldonado Macanaz, tan ventajosamente conocido por sus trabajos científicos, va a hacer una importantísima publicación de los *Anales artísticos de España*, obra escrita en inglés por Stirling, y que tanta aceptación ha tenido en la república de las letras por la riqueza de sus datos y la novedad y elegancia de la forma.

Empeñarse en una obra de esta naturaleza, hoy que todos estos trabajos de verdadera importancia pasan casi desapercibidos, es digno del elogio de todos cuantos tengan en algo nuestras glorias nacionales.

—Desgracia.—El lunes a las dos, en el derribo de una casa en la calle de Jardines, una pared se cayó, casi enteramente a uno de los trabajadores. Vacíos y traseñales acudieron en su socorro, y después de cerca de una hora de trabajo lograron sacarlo en un estado bastante lamentable.

—¿Qué candidez!—Cierta dama creía que la palabra *infancia* significaba lo que *infancia*; y en una sociedad, hablando del carácter y alegría de las personas, dijo:—Yo tenía un humor muy alegre cuando estaba en la infancia.

—Luz.—Si no se ponen de noche faroles en los puntos donde se está verificando el derribo para la reforma de la Puerta del Sol, es muy fácil suceda cualquier incidente desagradable, pues en algunas calles es tanta la oscuridad, que especialmente en las noches de viento, se andan por allí como si jugaran a la galina ciega.

—Diálogo.—Hoy se encuentra indispuesto el gacetero, y cede su palabra a dos amas de llaves.

—¿Dónde va V., doña Juana?

—Déjeme V., doña Tecla; voy en busca del canal para echarme de cabeza.

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero, señora, ¿qué causa—para obrar de esa manera—tiene V.? ¿Acaso ha muerto—el falderto de Ameiz?

—¿Qué falderto ni qué diablo!—Permita Dios que se muera; de ese modo me verá libre ya de importunaciones. Hoy que le ríe las lanas—y le limpie las orejas—mejor que le enjobre—y entre unos paños le envuelva;—por la noche que le saque—y le haga dar unas vueltas;—por la tarde que le dé—chocolate con manitas;—en fin, doña Juana, estoy del perro hasta la cabeza;—y juro que si no fuere—por regañar con Amelia...

—Pero entonces ¿qué malitas—tiene V., señora Tecla,—para tirarse al canal?—¿se quiere ahogar?

—Yo no sé; porque si fuera—¿a recordar los que tengo?

—Pero, en fin, vamos a cenar.—¿Ha venido don Trifón?

—No, señora; don Trifón—tiene bastante correa,—y jamás halla motivo—para regañar con Tecla.—Si fuere su hermano...; aquel—se remonta a las estrellas—y por la menor cosilla—arma al punto peloteras;—por un botón que le falte,—por un hilacho que tenga,—por que le muevan los libros,—por que le limpien la mesa,—por cualquier cosilla gruñe—y alborota mas que treinta.—¿Es la causa de que—ande yo de ceca en meca—buscando los imposibles—y si por fin concluyera...

—Pero seamos ¿qué busca—mi señora doña Tecla?

—Un cuarto con seis balcones,—con pozo, buhardilla, cueva,—baldosa de mármol negro,—hornillos a la francesa,—paredes de estuco, en fin...

—Basta, basta, doña Tecla;—no hable V. mas, que ya sé lo que esos encargos cuestan.—Yo habitaré, como V.,—la calle de la Montera,—y a causa de los derribos—tengo también a la fuerza—que buscar habitación.—¿Algame Dios! ¡cuántas vueltas—tengo que dar solo yo—y mis delicadas piernas,—que en menos de cuatro días—subieron mil escaleras,—saben lo que esos encargos—por nuestra desgracia cuestan!

—Si, doña Juana;—yo estoy—que no me tengo de recha.—Los cuartos desahogados—están hoy por las estrellas,—y todos los propietarios—del derribo se aprovechan—para esquilmar los bolsillos—de los que buscan vivienda.

—¡Ay! ¡pobres de los que buscan!

—¡Ay! ¡pobres de los que encuentran!

M. Torrijos.

CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.

San Eulogio, presbítero y mártir.

CULTO DIVINO.

—Cuarenta horas en la parroquia de Santa Cruz, donde sigue la novena de San José, predicando a la multitud mayor D. Antonio Mijang, y en los ejercicios de la tarde D. Ciriano Cruz.—Da principio la novena del mismo Santo Patrocinio en los templos siguientes, siendo oradores: en San José, por la tarde, D. Emilio Moreno; en San Juan, por la mañana, D. Juan José Moreno; en San Luis D. Gregorio Monreal, y por la noche en San Ignacio D. Manuel Solís, y en la iglesia de los Italianos, D. José Fernández Losada.—Continúa la novena al mismo Santo en la iglesia de monjas de San Plácido por la mañana, y en la de Nuestra Señora de Gracia por la noche.—Siguen las misiones anunciadas en las iglesias de San Antonio del Prado, en la iglesia de religiosas de Alarcón y en la de monjas del Caballero de Gracia (junto a la puerta de Fuencarral).

—Se practicarán por la noche ejercicios en los oratorios y otros templos, siendo en la bóveda de San Ginés con plática que pronunciará D. Juan Francisco Guerra.

—Se reza de San Eulogio, arzobispo electo de Toledo, con rito doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Féria.

—En la parroquia de San José, predicando a la multitud mayor D. Antonio Mijang, y en los ejercicios de la tarde D. Ciriano Cruz.—Da principio la novena del mismo Santo Patrocinio en los templos siguientes, siendo oradores: en San José, por la tarde, D. Emilio Moreno; en San Juan, por la mañana, D. Juan José Moreno; en San Luis D. Gregorio Monreal, y por la noche en San Ignacio D. Manuel Solís, y en la iglesia de los Italianos, D. José Fernández Losada.—Continúa la novena al mismo Santo en la iglesia de monjas de San Plácido por la mañana, y en la de Nuestra Señora de Gracia por la noche.—Siguen las misiones anunciadas en las iglesias de San Antonio del Prado, en la iglesia de religiosas de Alarcón y en la de monjas del Caballero de Gracia (junto a la puerta de Fuencarral).

—Se practicarán por la noche ejercicios en los oratorios y otros templos, siendo en la bóveda de San Ginés con plática que pronunciará D. Juan Francisco Guerra.

—Se reza de San Eulogio, arzobispo electo de Toledo, con rito doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Féria.

—En la parroquia de San José, predicando a la multitud mayor D. Antonio Mijang, y en los ejercicios de la tarde D. Ciriano Cruz.—Da principio la novena del mismo Santo Patrocinio en los templos siguientes, siendo oradores: en San José, por la tarde, D. Emilio Moreno; en San Juan, por la mañana, D. Juan José Moreno; en San Luis D. Gregorio Monreal, y por la noche en San Ignacio D. Manuel Solís, y en la iglesia de los Italianos, D. José Fernández Losada.—Continúa la novena al mismo Santo en la iglesia de monjas de San Plácido por la mañana, y en la de Nuestra Señora de Gracia por la noche.—Siguen las misiones anunciadas en las iglesias de San Antonio del Prado, en la iglesia de religiosas de Alarcón y en la de monjas del Caballero de Gracia (junto a la puerta de Fuencarral).

—Se practicarán por la noche ejercicios en los oratorios y otros templos, siendo en la bóveda de San Ginés con plática que pronunciará D. Juan Francisco Guerra.

—Se reza de San Eulogio, arzobispo electo de Toledo, con rito doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Féria.

—En la parroquia de San José, predicando a la multitud mayor D. Antonio Mijang, y en los ejercicios de la tarde D. Ciriano Cruz.—Da principio la novena del mismo Santo Patrocinio en los templos siguientes, siendo oradores: en San José, por la tarde, D. Emilio Moreno; en San Juan, por la mañana, D. Juan José Moreno; en San Luis D. Gregorio Monreal, y por la noche en San Ignacio D. Manuel Solís, y en la iglesia de los Italianos, D. José Fernández Losada.—Continúa la novena al mismo Santo en la iglesia de monjas de San Plácido por la mañana, y en la de Nuestra Señora de Gracia por la noche.—Siguen las misiones anunciadas en las iglesias de San Antonio del Prado, en la iglesia de religiosas de Alarcón y en la de monjas del Caballero de Gracia (junto a la puerta de Fuencarral).

—Se practicarán por la noche ejercicios en los oratorios y otros templos, siendo en la bóveda de San Ginés con plática que pronunciará D. Juan Francisco Guerra.

—Se reza de San Eulogio, arzobispo electo de Toledo, con rito doble